

116.1 +



SO QUE LLAMAN AMOR



*Annabella
Henry Fonda*



MONTSERRAT.B

Joie de Battee chirurgien

176.



ESO QUE LLAMAN AMOR

José de Batlle Gurguiz

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Ediciones Bistagne

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10-bis - Teléfono 18841 - Barcelona

ESO QUE LLAMAN AMOR

Magnífica superproducción en technicolor

Dirigida por

HAROLD SCHUSTER

Es una película

20th CENTURY - FOX

Distribuida por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 283

BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES:

Annabella

Henry Fonda

Leslie Banks

John McCormack

Steve Donoghue

**Argumento narrado por
Ediciones Bistagne**

Eso que llaman amor

Argumento de la película

Había fijado sus reales el campamento gitano en la Bahía del Destino, en el rincón de la tierra más dulcemente bello que hubiera podido soñar la mente más exaltada y divagadora. La suave campiña de la bella Irlanda desplegaba allí toda su magia romántica. El bosque de árboles milenarios a la sombra de los cuales las barracas volanderas del campamento se habían agazapado como flores gigantecas, descendía en declive hasta el mar, cuyo murmullo se escuchaba lejano y eterno.

Era a mediados del siglo diecinueve, cuando la raza nómada y pintoresca de los zíngaros no había sido absorbida por la vorágine de la civilización, cuando se conservaba aún en toda su pureza aquella raza fuerte cuyo origen se perdía

en la lejanía de los siglos y que, a través de ellos, había conservado sus costumbres ancestrales, sus leyes únicas, su vida errante y el orgullo altivo y hondamente arraigado en los espíritus de no mezclar su sangre a la sangre de otros pueblos.

El campamento ofrecía el aspecto pintoresco y atractivo de lo original, lo exótico y lo desconocido. Las casas ambulantes montadas sobre ruedas estaban pintadas en colores vivo que policromaban la oscura austeridad del bosque, de un verde sombrío, y se amalgamaban en perfecta armonía con los vestidos de las zíngaras, de vivísimo y variado colorido.

Galopando por el bosque, en servicio de vigilancia, una pareja de la Real Policía Montada Irlandesa

avanzaba hacia el campamento, bordeando un arroyuelo que al saltar por las peñas fingía hervores de catarata.

—¡Mira!—exclamó el sargento, señalando a lo lejos—. ¡Unos gitanos!

—¡Esa gente ha invadido nuestra isla y la va a manchar con su huella!

—¡Debemos poner coto a sus desmanes!

Espolearon los caballos y, en un galope desenfrenado, llegaron hasta el campamento.

El rey de la tribu, un hombre fuerte, recio, de profunda mirada llena de sagacidad, salió a su encuentro y les saludó cortésmente:

—Buenas tardes.

—Buenas tardes—contestaron de mal talante los dos policías.

—Bienvenidos seáis.

—¿Bienvenidos? —gruñó el sargento mirando con desconfianza a toda aquella gente que se había agrupado con curiosidad en torno suyo—. Nosotros somos siempre bienvenidos. ¡Somos de la Real Policía Irlandesa!

—Lo sé... Por eso os doy la bienvenida—replicó el rey gitano sin alterarse por el tono duro con que le hablaban aquellos dos hombres,

sintiendo sobre ellos su omnipotente superioridad

El sargento, le miró, miró a toda la tribu con desconfianza y preguntó, como si tratara con una banda de ladrones:

—¿Dónde os dirigís ahora?

—Pensamos ir a la villa próxima a realizar unos cambios... Vivimos del intercambio, bien lo sabéis... Nuestros productos se cotizan bien en las ferias y en los mercados...

—¿Cambios?... ¡Hem!—musitó el sargento receloso—. ¿Está usted seguro de que van a realizar cambios?

—¡Y tan seguro!... Nuestras cestas, tejidas por nosotros, nuestras vistosas telas, tejidas por nosotros, nuestros...

—Bien... bien... quizá tengáis razón... Pero ¿no sería mejor decir que lo que venís a hacer es... robar al público?

—¿Robar? ¡Eso nunca? No, no, no venimos a robar... venimos a cambiar nuestros géneros por otros que nos hacen falta.

—¿Y eso qué es?—preguntó el sargento mostrando un caballo magnífico, de pura sangre, de línea fina, de estampa aristocrática—. No pretenderá usted haberlo cambiado por un cesto...

El rey de la tribu se irguió ofen-

dido por la sospecha y replicó con altivo y noble orgullo:

—Somos gente honrada, no ladrones.

Y una muchacha de belleza extraordinaria y original que se había adelantado saliendo del grupo y poniéndose junto al rey de la tribu, dijo, alzando sus magníficos ojos al sargento, en un tono de voz dulce e insinuante y, al propio tiempo, en tono de reconvención:

—Es el jefe de la tribu... ¡Es nuestro rey!

Y aquellas palabras parecían querer dar a entender que se le debía respeto y sumisión y confianza absoluta.

Pero el sargento no dió importancia ni al tono en que habían sido dichas ni a su significado y, sin consideración alguna, gritó:

—¡Tendréis que largaros de aquí!... No reconozco a ningún rey en nuestra tierra... Sólo debo sumisión a Su Majestad la Reina de Irlanda.

La muchacha que antes había hablado se acercó más al caballo del policía, miró al hombre con sus pupilas cargadas de ensueño y le explicó, conciliadora y suave:

—Señor policía... siempre hemos podido acampar en el bosque...

—¡Es esta rapaza la que tiene

que hablar por el rey de la tribu... y por todos esos vagos y maleantes!— exclamó el sargento malhumorado.

Pero en aquel momento se fijó en la muchacha y su expresión se dulcificó al ver la belleza perfecta de aquel rostro moreno, de brillantes pupilas que ardían con el fulgor de todos los soles que en ellos se habían reflejado, y dijo, sonriendo con complacida sonrisa:

—¡Fijaos!... ¡No me disgusta esta carita!...

Y trató de acariciar el rostro de María que esquivó la caricia con un gesto ágil.

Al mismo tiempo llegaba hasta ellos un nuevo personaje, un jinete elegante, distinguido, poderoso, que se encaró con el policía, como si tuviera derecho para hacerlo, y le dijo en tono autoritario, mientras no apartaba los ojos de María que se había quedado prendida de sus miradas:

—¿Qué sucede aquí, sargento?

—Trataba de alejar a esa gente de estos parajes, señor—contestó el policía con sumisión.

—Toda esta región me pertenece, sargento... y no le había yo dado orden de expulsarlos... ¿Comprendes?... Váyase, pero discúlpese antes de marchar. Les ha ofendido...

y particularmente ha ofendido usted a la señorita... ¡Discúlpese!

—Es que...—murmuró el sargento corrido y avergonzado.

—Bien, no se disculpe, pero márchese.

Volvieron grupas a su caballo el sargento y su acompañante y se alejaron de allí al trote, un tanto disgustados por aquel incidente que les había enfrentado con el señor del castillo, con Larry Clondarf, el hombre más poderoso de todos aquellos contornos, al que debían sumisión y pleitesía.

Larry había bajado de su caballo y miraba a María fijamente, con una atención sostenida que emocionaba a la muchacha que, desde el primer instante, había sentido sobre ella la influencia magnética de aquellos ojos, y exclamó de pronto, avanzando resuelto hacia ella:

—¡Cielo santo!... ¡Qué belleza!... ¡Qué pureza de raza!... ¡Qué caballo, amigos míos, qué caballo!...

No era a María a quien había estado mirando constantemente, sino al caballo que ya había llamado la atención de los dos policías por su extraordinaria perfección.

La muchacha se mordió los labios y bajó los ojos para no mostrar su contrariedad, y el castellano siguió diciéndolo, refiriéndose siempre al

caballo cuya grupa acariciaba con suaves palmadas:

—¡Qué pureza de raza!... ¡Qué perfección de línea!... ¿Lo vende usted?—preguntó, dirigiéndose al jefe de la tribu.

—Es lo mejor que poseo, señor... Pero como mi pueblo es agradecido y yo soy el representante de mi pueblo, debo mostrarle a usted nuestra gratitud... ¡Ya es suyo!

—¡Oh, no!—replicó Larry Clondarf—. El caballo me gusta mucho... pero creo que a ustedes no les vendrían mal unos miles de libras...

—Mi padre es el rey de la tribu—interrumpió María, apoyándose en el brazo de su padre— y cumple siempre sus promesas...

Larry la miró fijamente; ahora sí era a ella a quien miraba ¡y qué mirada, Dios mío!... La chiquilla sintió que una oleada de sangre le invadía el rostro, sonrió, bajó los párpados y su corazón palpitó con una violencia inusitada.

—Si vuestro rey... tu padre, ha prometido a su pueblo una reina preciosa, bella como ninguna... ¡ha sabido cumplir su promesa!

Aquella frase era maravillosa. ¡Mucho más bonita que las que había dedicado al caballo! María sintióse dichosa. Por un momento ha-

bía sufrido una decepción; ahora estaba segura de que su belleza había dejado más honda huella en el espíritu del señor del castillo que la pureza de raza del caballo que tanto le llamara la atención.

Volvieron a mirarse. María había alzado los párpados y el brillo de sus pupilas cegó por un momento a Larry. ¡Nunca había visto unos ojos tan grandes, y tan bellos, y tan puros! El choque de aquellas dos miradas produjo un incendio en sus corazones.

—Señor... yo creo que habrá alguna posibilidad de que hagamos algo por usted. Nuestra gratitud es grande... Díganos qué es lo que podemos hacer para demostrárselo.

—Yo os lo diré... Quiero que sigáis honrando mis tierras con vuestra presencia...

—¿De veras? — preguntó María sin poder disimular su alegría—. ¿De veras podemos seguir aquí... siempre?

—Sí, siempre... ¿Por qué no?

—¡Siempre!—exclamó María con entusiasmo, mirando en torno suyo todo aquel paisaje de ensueño, como si con aquella mirada quisiera expresar el inefable sentimiento de su alma.

—Sí—murmuró Larry Clondarf.—De hoy en adelante será un pa-

raíso para vuestra tribu... Ya para siempre... Esta es vuestra tierra.

—¡Oh! ¡Un paraíso para nosotros! ¡Y para siempre!...

La chiquilla miraba a Larry con sus grandes ojos llenos de fuego y Larry sintió que ya nunca sería capaz de vivir lejos de aquella mirada que se había hincado en su corazón con la fuerza poderosa e inmarcesible que únicamente tiene el amor.

Y la tribu se quedó acampando en aquella tierra, en aquel paraíso, en la Bahía del Destino, en la que Larry Clondarf hizo erigir una piedra monumental con una inscripción en la que podía leerse que era aquella tierra la destinada para los campamentos de gitanos y zíngaros que desembarcaran en Irlanda, en aquel año y en los años futuros, mientras sus dominios estuvieran bajo su égida o bajo la égida de sus sucesores.

* * *

El castillo de los Clondarf no estaba muy distante del lugar donde los zíngaros habían acampado. Y en

el castillo de Clondarf se reunía constantemente lo más selecto y granado de la aristocracia irlandesa.

Larry, cuyos prejuicios sociales no eran tan fuertes como su amor, hizo asistir a María a una de las fiestas que se daban y a las que asistían todos los aristócratas de los contornos. Habían sido invitados los zíngaros para que lucieran el arte de sus danzas y sus canciones; y María había sido invitada, no como zíngara, para deleitar a los invitados, sino como huésped de honor, ya que la sentaron a la mesa y la colocaron a la derecha del dueño del castillo, a la derecha de Larry Clondarf, que había querido mostrar en público sus sentimientos y dar a entender a la gente de su jerarquía que estaba decidido a elevar hasta él a aquella chiquilla cuya belleza le había impresionado y cuyo espíritu ingenuo y vehemente había cautivado por entero su corazón.

El amplio comedor del castillo, iluminado profusamente por las luces de los candelabros de plata y de bronce que por todas partes esparcían sus destellos, ofrecía un espectáculo cautivador e interesante. En torno a la mesa lucían las damas de la alta aristocracia sus ves-

tidos de noche descotados, llenos de encajes y cintas, con las joyas resplandecientes sobre los níveos escotes, y en los dedos cuidados, y en las orejas, y en los brazos; mientras las muchachas zíngaras, con sus típicos vestidos de múltiples colores, con su pelo negrísimo trenzado con cintas vistosas y flores en torno a las sienes, bailaban las danzas de su raza, danzas llenas de nostalgias y de vehementes deseos.

Todos los comensales estaban pendientes, no del baile, que ofrecía gran atractivo por su originalidad, sino de Larry y su compañera que, encantada con aquel espectáculo nuevo para ella, miraba a todos con sus ojazos soñadores y profundos, mientras él no prestaba atención a nada que no fueran aquellos ojos, aquellos ojos que llevaba clavados en su alma desde el día que se habían posado sobre él, allá, en el bosque, al borde de la Bahía del Destino...

La muchacha zíngara estaba un poco aturrida, pero se daba cuenta perfecta de la atención que hacia ella mostraba Larry y de las murmuraciones que aquella atención levantaba entre los invitados.

—Debe usted mirar a la bailarina—murmuró en voz baja—. Todos

nos observan. ¿No se da usted cuenta de ello?

—Me es igual... Yo sólo quiero mirarla a usted. No hay belleza que pueda comparársele. No hay nada en el mundo que pueda igualar nunca el encanto de sus ojos y el atractivo de toda su persona.

—¡Oh, Larry! — susurró María sonriendo levemente, halagada por aquellas palabras, pero temiendo despertar de un sueño muy bello, sí, infinitamente bello, pero irrealizable...

La cena terminó y terminó el baile de las muchachas zingaras. Era la hora de levantarse de la mesa y dirigirse a los salones. Las damas encopetadas que no comprendían la "genialidad" de Larry sentando a su mesa a aquella chiquilla gitana, se levantaron sin concederle la menor importancia, como si para ellas no existiera, y María, dándose cuenta del vacío que hacían en torno a ella y sintiendo que el único amparo que tenía en el castillo era Larry, se volvió a él y le preguntó con su ingenuidad de niña:

—¿Debo irme ahora?... ¡Oh, esto es tan maravilloso!...

—Sí, María, ahora debe marcharse con las señoras... Yo no puedo ir con usted, ni usted puede quedarse con los caballeros...

—¡Ah, qué pena!—exclamó María sintiendo un extraño miedo de encontrarse a solas en un ambiente que le era por completo hostil.

—Sí, es una pena, pero una pena breve... Nos veremos luego, muy pronto, en cuanto podamos deshacernos de los convencionalismos sociales...

—¿De veras?

—De veras.

La acompañó hasta la puerta del salón y volvió al lado de sus invitados que comentaban todos lo mismo: la belleza de aquella criatura y la suerte que tenía Larry de haberla sabido conquistar.

—Hay que darte la enhorabuena, Larry—le dijo uno de sus amigos, cuando Larry se acercó al grupo.

—Nos estás dando envidia de la suerte que tienes—añadió otro.

Larry sonrió satisfecho.

—¿Verdad que es guapa?—preguntó, como si hablara de algo que fuera ya suyo, únicamente suyo.

Y por lo bajo, otros caballeros comentaban, mirando recelosamente al señor de Clondarf:

—No es posible que piense casarse con esa joven gitana.

—¡No se ha separado de ella desde hace tres semanas!

E S O Q U E L L A M A N A M O R

—Sólo vive para ella y por ella...
Estoy seguro de que la llevará al altar.

—¡Oh! ¡Sería imperdonable!...
¡Mezclar la sangre de Clondarf con la sangre de esa tribu de...!

No terminó la frase el que la decía, porque Larry se acercaba a ellos y temían incurrir en sus iras o en su odio. Larry Clondarf era el caballero más considerado, porque era el más poderoso de toda la región.

* * *

María había querido seguir a las damas, pero una de ellas, traduciendo el sentir de todas las demás en palabras concretas, se volvió a la muchacha y le dijo en tono cortante, tan cortante que era como un insulto lanzado a pleno rostro:

—Nos hubiera gustado oír la buenaventura, muchacha; pero, por desgracia, las damas no traemos dinero a estas fiestas mundanas...

María bajó la cabeza humillada y se alejó del salón. Sentía una honda tristeza en su alma. Aquellas damas eran muy aristocráticas, pero también ella llevaba en sus venas la sangre de cien reyes y su dinastía acaso fuera más antigua y más pura que el abolengo de todas ellas, pero no dejaba de comprender que su mundo no era el mundo de aquellas gentes, y aquello la hizo temblar por su felicidad, porque su felicidad, desde que conoció a Larry, era estar al lado suyo, y su sueño más

bello hubiera sido poder llegar a ser su esposa...

Taciturna, llorosa, fué a refugiarse en un rincón del gran hall, en cuya chimenea ardía un hermoso fuego que chisporroteaba alegremente, y ante él se quedó mirando las llamas que subían vacilantes y temblorosas, como espíritus ardientes ascendiendo en pos de la quimera de un ideal.

Allí fué a encontrarla Larry que, al no hallarla en el salón con las damas, comprendió que algo desagradable le habría pasado.

—¡María! —le dijo, acercándose y tomándola dulcemente de la mano.

Volvióse ella sobresaltada y le sonrió al verle junto a sí.

—Perdóname, María. He visto lo que ha pasado. ¡Qué falsa educación la de esas mujeres! ¿No comprenden que la nobleza de alma, el sentimiento de un espíritu puro va-

len más que todos los blasones y todos los pergaminos?

María bajó los párpados y Larry vió en sus pestañas largas y sedosas, prendidas unas lágrimas.

—¿Pero está usted llorando, María?

—No... no...

—¡No quiero verla llorar! ¡Yo la defenderé contra todos!

—¡Yo era dichosa!... ¡Tan feliz! —musitó la muchacha con un hilillo de voz que era un sollozo.

—Y lo será—aseguró Larry abrazándola dulcemente—. No le preocupen esas mujeres que no tienen corazón y no pueden comprenderla.

—Bien, sí... pero deje que me vaya ahora—replicó María, tratando de desprenderse de Larry.

—¡No la dejaré hacer semejante cosa!

—Larry, comprenda... Ellas tienen razón... Yo no pertenezco a este mundo; yo no puedo alternar en este ambiente que le rodea a usted.

Larry la estrechó más dulcemente aún sobre su corazón, y, hablándole al oído, le dijo con ternura:

—Toda tu preciosa vida me pertenece ya para siempre...

—No, no... Eso es muy bello, ¡pero imposible!

—El amor borra esta palabra: ¡imposible!... Olvida esas cosas que

han pasado... ¿Tienes miedo de mí?

—No—replicó María alzando los ojos y sonriendo con felicidad.

—¿Estás contenta, ya?... ¡Así, fuertemente unidos! ¡Nadie podrá nada contra nosotros! ¡El amor es más poderoso que los convencionalismos! ¡El amor es más poderoso que la muerte! ¡Y Dios bendecirá nuestro amor!

Unos pasitos menudos les sacaron de su ensimismamiento: un niño de seis u ocho años, descalzo, cubierto con un largo camisón, había llegado sigilosamente hasta el hall y les contemplaba con simpatía y cariño.

—¡Hola, Valentín! ¿Qué haces aquí a estas horas?—preguntó Larry al niño.

—He venido a darte las buenas noches—replicó el nene, queriendo justificar su falta.

—Bien... pero si ya me las habías dado cuando te has ido a la cama... ¿Por qué te has vuelto a levantar?

—Quería ver la fiesta... y ver a los zingaros... Ahora ya lo he visto, desde el primer rellano de la escalera... y he bajado porque quería darte un beso antes de irme a dormir... Buenas noches... —dijo el niño, besando a Larry y disponiéndose a subir de nuevo a su habitación.

—Ven acá... Valentín; déjame que te presente a la futura señora de Clondarf—dijo Larry, mostrando a María que sonreía al niño.

—¿La futura señora de Clondarf?—inquirió Valentín, sin comprender muy bien.

—Sí... Y éste, María, es tu futuro primo — concluyó Larry, acariciando la mejilla del pequeño.

María le besó y entre los dos se estableció una corriente de simpatía.

—Es una preciosidad — comentó Valentín.

—¿Lo dices por mí?—replicó Larry, sonriendo, porque ya le había entendido, pero quería ver cómo replicaba el pequeño.

—No... lo digo por ella...

—Esta es mi misma opinión... Anda, ahora vete a dormir.

—Buenas noches—susurró el niño, mandándoles un beso con la punta de los dedos.

Cuando volvieron a quedarse solos, Larry se sacó del dedo una gran sortija, magnífica y valiosa joya, y se la dió a María:

—Es lo único que tengo en este momento, María, y quiero en este mismo momento sellar con un signo material nuestro amor. Es árabe, muy antiguo y de gran valor histórico... Pertenece a mi familia des-

de hace muchos, muchos años... Sólo se ha dado... a aquellas personas que han de entrar a formar parte de la familia... Por eso te lo doy yo a ti...

Iba a colocárselo en el dedo anular de la mano izquierda, pero ella protestó:

—No... no... todavía no...

Y ofreció con galanura su mano derecha. Y como sus dedos eran delgados y finos, Larry tuvo que colocar la sortija magnífica en el dedo índice de María. El día en que se casaran, pasaría a ocupar el mismo lugar, pero en la mano izquierda, en señal de vasallaje y completa sujeción al dueño de su vida y de sus pensamientos.

* * *

Se casaron. Asistieron a la boda todos los deudos y amigos de la casa de Clondarf. Era preciso cubrir las apariencias y aceptar, en el seno de una aristocracia sin mácula, a aquella intrusa. Cuando estuvieran casados, cuando la ceremonia terminara, cuando la vida diaria reemprendiera su ritmo, ya le irían haciendo el vacío en torno

suyo. A nadie cabía la menor duda de que Larry Clondarf sería arrebatado de nuevo por su ambiente en cuanto hubiera satisfecho aquello que todos creían un capricho, y María se quedaría recluida en un rincón del castillo, como un objeto inútil que se ha comprado un día en una feria por mero capricho y que, al llegar a casa, nos ha cansado ya por su vulgaridad y falta de sentido estético.

Pasaron unos meses.

Aquella mañana, el castellano de Clondarf había organizado una cacería. Los monteros estaban prestos ya. Las jaurías, impacientes, corrreaban en torno a los caballos, y todos los cazadores estaban prestos a salir, cuando aparecieron en el umbral de la puerta del castillo Larry y su bellísima esposa.

—¿Sabes qué día es hoy, Larry?
—le preguntó ella, mientras se calzaba los guantes.

Estaba subyugadora con su traje de amazona, con el diminuto sombrero negro envuelto en una gasa blanca que flotaba al viento como una nube o como un suspiro.

El la miró con ojos de enamorado y contestó:

—No, no recuerdo.

—¡Nuestro quinto aniversario!—

exclamó ella, haciéndose la sorprendida.

—¿Quinto aniversario?

—Sí... hace cinco meses que nos casamos... ¿No te acordabas?

—¡Oh, chiquilla mía, para mí cada día es un feliz aniversario!

Bajaron y se disponía a montar cuando María, dándose cuenta de ello, murmuró, dolida y contrariada:

—Soy la única señora... Ninguna ha querido venir...

—Montas demasiado bien, querida. Todas tienen envidia de ti—explicó Larry para consolar a su amada.

—Comprendo... Pero, por favor, Larry, te lo ruego... Ve tú con ellos. Yo regreso al castillo.

—¡No! Si tú no vas tampoco voy yo.

—No puede ser, Larry; son tus amigos, tus invitados; debes atenderlos... Es tu ambiente, al que no puedes ni debes renunciar... Es mejor que me marche.

—Pero... ¿a nosotros qué nos importan los demás? Nosotros somos nuestro ambiente y nuestra vida... ¡No des importancia a esa gente!

—Larry, yo no puedo consentir que por culpa mía te humillen...

—¿Humillarme? ¡Si tu amor es mi mejor gloria!

María se convenció. Montó a caballo con ligereza y, volviéndose a su esposo le dijo, para hacerle olvidar la amargura de sus anteriores frases:

—¿Vamos a alcanzarlos? ¿Hagamos una carrera?

—Vamos... Veamos quién es mejor jinete: tú o yo.

Salieron al galope. Dejaron pronto el parque que circundaba el castillo y se lanzaron por los caminos del bosque, húmedos de rocío en aquella hora de la mañana, y de un verde tierno y fresco que convidaba a galopar a rienda suelta, dejándose llevar por el vértigo de la carrera.

Eran magníficos los dos caballos, y saltaban ágiles por encima de los obstáculos que les salían al paso y marchaban veloces como flechas, haciendo saltar sobre sus lomos, en movimiento rítmico, a los que los montaban.

Cuando más embriagados estaban los señores de Clondarf en aquella desenfrenada carrera, un accidente desgraciado hizo caer del caballo a Larry que quedó tendido en el suelo sin vida al recibir en la cabeza un golpe mortal.

María se precipitó sobre el cuerpo de su marido y sólo hasta muchas horas después no tuvo concien-

cia de la gran tragedia que había entenebrecido para siempre su vida, tan dichosa hasta entonces.

* * *

Después de las exequias y del luto del castillo, cuando hubieron dado fin todas las largas y tristes ceremonias del sepelio y de los funerales, cuando ya los que se creían con derecho para ello estimaron que era el momento de enfrentar a la viuda con la realidad de su situación, llamaron a María y, en el despacho frío y austero del castillo, donde la esperaban el notario y el administrador, le expusieron escuetamente los hechos:

—Estamos perfectamente acordes, todos cuantos hemos intervenido en el inventario de los bienes del fallecido señor de Clondarf, en devolverle a usted todo cuanto trajo consigo, en calidad de dote, al contraer matrimonio con el difunto señor, siguiendo los usos y costumbres de su tribu...

—Espero que nos juzgará usted correctos y justos—añadió el administrador, después que el notario

hubo expuesto lo acordado—. Aquí está todo lo que aportó de valor al venir a Clondarf.

—Sí... aquí está todo lo que aporté de valor...—murmuró María, que estaba muy pálida y muy triste, y que les escuchaba como si le hablaran de cosas que nada tuvieran que ver con ella.

—Bien, si está usted conforme, mi misión ha terminado. Espero que quedará complacida — dijo el notario.

—Yo siento no ser de la misma opinión—replicó María—. Usted da por hecho que yo me conformo con guardar lo que es mío, y yo doy por hecho que su inventario está completo... Pero usted se ha olvidado de mencionar una insignificancia que también traje al venir: mi corazón, que voy a dejar aquí para siempre...

Ni el notario ni el administrador pudieron comprender todo el dolor que encerraban aquellas palabras, y como lo que deseaban era terminar pronto, uno de ellos añadió:

—Por fortuna para el nombre de Clondarf, no quedan herederos de esta unión...

María palideció aún más; se puso en pie; quiso hablar, pero el orgullo de su raza y de su estirpe selló sus labios; y altiva, arrogante, se-

rena en medio de la honda pena que la había abatido como el vendaval que desgaja a un árbol recio y fuerte, salió del despacho, subió a sus habitaciones, preparó su equipaje, y sola, abandonada de todos, sintiendo la creciente hostilidad de todos aquellos que únicamente la habían aceptado porque la voluntad de Larry la había impuesto, bajó las escaleras del castillo donde había pasado las horas más dichosas y las más desgraciadas de su existencia.

Únicamente Valentín salió a despedirla. El niño estaba triste. Había hallado en María una madre, una hermana, una amiga, y ahora la veía partir con una pena cuyo alcance acaso no acertaba a comprender su cerebro infantil, pero que su corazoncito sentía ya en toda su intensidad.

—¿Te marchas?... Yo quiero ir contigo—le dijo, echándole los brazos al cuello y uniendo sus lágrimas a las de María.

—Me voy, sí... pero pienso regresar, Valentín... Algún día volveré... yo te lo prometo.

Salió y volvió con los suyos. Dejó las ropas de gran dama y se vistió de nuevo con el traje de las zingaras. Únicamente de aquel amor conservó el anillo soberbio que Larry le regaló el día en que le declaró su

E S O Q U E L L A M A N A M O R

amor, y el fruto del mismo que palpitaba en sus entrañas y que era la vida de su vida, la vida de Larry que se prolongaba en ella... Sólo silenciando su estado, había podido guardar para sí, únicamente para sí, el hijo que Larry le había dado...

Huyeron de la Bahía del Destino. El padre de María no quiso seguir en aquella comarca que tantos y tan dolorosos recuerdos había despertado en el alma de aquella criatura, y emigraron hacia el sur, hacia otros cielos y otros climas que la hicieran olvidar, o por lo menos que no mantuvieran tan vivo el recuerdo.

María salió de Irlanda diciendo:

—Ni un átomo de sangre mía conocerá jamás la tristeza de este país. ¡Jamás, hasta que mi sangre sea pura otra vez!

—La mezcla con la sangre de los nobles hace daño, mucho daño, María—le dijo la adivina de la tribu—. Harán falta cuatro generaciones para llegar a purificarla. A la cuarta generación...

—¡Ah, si yo viviera cuatro generaciones!...—suspiró, como si anhelara vivir tanto tiempo para ver reabilitada su raza que ella había manchado.

En un lejano país del Sur...

María, anciana venerable, era ahora la reina de la tribu zíngara. Sus canas daban a su rostro una dulce expresión de mansedumbre. Su boca sonreía con tristeza, con esa lejana tristeza de las penas muy hondas que nos han acompañado a través de toda una vida y que, si han dejado de producir el angustioso dolor de los primeros tiempos, siguen en latente angustia ahincadas en el corazón y se traslucen en el brillo muerto de las pupilas y en la sonrisa triste de los labios.

María hablaba con su hombre de confianza, con su "primer ministro" pudiéramos llamarle, con el gitano que había dado más pruebas de lealtad y que más desinteresadamente la había servido.

—Tres generaciones han pasado, Angelo, desde los días de mi juventud... Los rebeldes nos han quitado los caballos; los soldados han robado mi pequeña fortuna, y mi sueño de una cuarta generación está destrozado... La vida fué buena conmigo; me dió a conocer la gloria del amor y me dió el amparo y el cariño de los míos cuando la muerte puso fin a mi felicidad...

* * *

Pero este último año ha destrozado mi vida; la revolución, las violencias, los saqueos, han acabado con cuanto teníamos... Y ahora sólo nos queda la esperanza de ese matrimonio: mi biznieta se casará con el príncipe Dinico... si el príncipe Dinico logra escapar de su país en rebelión... Angelo, mi orden es que marches inmediatamente a Suvalia, que entregues este billete a mi biznieta María y que no te separes de ella ante un posible riesgo.

—Pero... ¿y tú, María, dónde irás tú?—preguntó el bueno de Angelo sintiendo una gran tristeza al tener que abandonar a su vieja reina, a su vieja amiga, a la que era para él como una diosa confiada a su custodia.

—Yo regresaré a Irlanda... a mi Irlanda... ¡Hace tantos años que sueño en volver allá!... He prometido conseguir una gran dote para la boda de mi biznieta con el príncipe Dinico, y no puedo faltar a mi promesa.

—¡Volverás a Irlanda!... ¿Y volverás allá como señora de Clondarf?

—¡Jamás! —afirmó la venerable anciana—. Volveré a nuestro paraíso, a la Bahía del Destino...

Y en la Bahía del Destino, después de muchos, muchos años, volvieron a acampar, una dulce maña-

na de abril, los zingaros con sus carros pintorescos, con sus vestidos de brillantes colores, con sus canciones y su música y sus bailes, que durante tantísimo tiempo no habían llenado de ecos aquellos bosques milenarios.

Aquella misma dulce mañana de abril, Valentín, aquel niño al que María había conocido en el castillo de Clondarf, Valentín, que era ahora un caballero respetable, que peinaba canas aunque conservaba todavía la gallardía de la juventud en su esplendente otoño, paseaba por sus dominios con su criado Paddy.

—Oye, Paddy... ¿no te parece aquello que se ve a lo lejos un campamento de gitanos?

—Sí, señor Barón... Han llegado esta mañana a la Bahía del Destino.

—¡Años ha que no habíamos visto zingaros por estos contornos!—suspiró Valentín, recordando vagamente la historia de su infancia, aquella pequeña historia que nunca había contado a nadie, pero de la que guardaba un vivo recuerdo: la historia del amor de una bellísima zingara que se había casado con su primo Larry...

No habían caminado más que unos pocos metros cuando un cochecillo conducido por un hombre

y ocupado por un muchacho, pasó cerca de ellos y se detuvo, preguntándoles el que guiaba:

—Ustedes perdonen... ¿Serían tan amables que me indicasen el camino que conduce a la Bahía del Destino?

—Hay dos caminos... Puede seguir por aquí, pasando por el castillo, o tomar el camino del bosque a través de esa arboleda.

—Gracias, señor. Iremos por el castillo, porque creo es el camino más corto.

Se alejó el cochecillo y Paddy se volvió a su señor y comentó con humorismo:

—¿Qué le parece el estilo de estos gitanos? Cualquiera día les veremos en aeroplano...

Los dos gitanos llegaron al campamento gitano y pronto corrió por él la noticia.

—¡Ha llegado Angelo! ¡Ha llegado Angelo!

La anciana María salió a la puerta de su casa y con ansiedad, al escuchar la noticia de que había llegado Angelo, preguntó:

—¿Y mi biznieta?... ¿Y María?... ¿Dónde está mi María?...

Un muchacho de diecisiete a dieciocho años se arrojó en sus brazos y la besuqueó con fuerza.

—¡Hija de mi vida!—suspiró la

abuela. Pero fijándose en su porte, añadió, extrañada: Pero, criatura. ¿Qué significa ese traje tan horrible que llevas?

—¿Horrible, abuela? ¡A mí me parece estupendo!—replicó la rapaza dando varias vueltas ante su abuela con aires de hombre, mejor, de chiquillo travieso.

—Pero... ¿qué significa esto?—preguntó la abuela a Angelo, que sonreía ante la dicha que se reflejaba en el rostro de su reina.

—Fué el único modo de pasar la frontera y salvarnos—contestó Angelo.

Y en breves palabras explicó todos los acontecimientos ocurridos en Suvalia, y los peligros que habían tenido que sortear para salir de aquel país asolado por una guerra civil, encarnizada y terrible.

—Tuve que perder mis vestidos, mis preciosos vestidos, abuela... ¡y venir convertida en muchacho!... Y he tirado mi polvera de oro, mi lápiz de labios, los perfumes, los polvos... ¡una docena de medias de seda!... ¿Te imaginas?... Y sacrificar mi mata de pelo... y, ya me ves... ¿verdad que parezco de veras un chico?

—Yo creo que, después de haber escapado y para evitar posibles complicaciones, es mejor que siga ves-

tida así—se atrevió a decir Angelo.

—Podemos darlo todo por bien empleado — replicó la abuela, sin hacer hincapié a la sugestión de Angelo— con tal que hayáis llegado sanos y salvos. Pero dime, María, ¿y Dinico? ¿Qué ha pasado?

—Dinico ha sufrido mucho, abuela; pero logró escapar con su madre, que está muy enferma.

—¡Pobre criatura!... Pero estoy contenta de tenerte a mi lado, hija mía... Debes de estar muy cansada del viaje. ¿Quieres descansar, María?

—No me llamo María, abuela— replicó la muchacha que había tomado muy en serio su papel de chico—. Ahora me llamo Mario. Cambié una letra a mi nombre y, de repente, ¡ya soy un muchacho!

—Bien... María o Mario, es lo mismo... siempre serás mi nieta predilecta. Aunque finjas ser un chico, necesitas descansar—insistió la anciana.

—No, abuela; primero quiero mandar un telegrama a Dinico diciéndole que conseguí escapar y que estoy a tu lado.

—Pero Benito puede llevar el telegrama al pueblo.

—No, abuela... Tratándose de Dinico, es mejor que vaya yo a ponerlo... y que vaya sola... ¡Hasta luego!

Con un gracioso saludo y una pirueta de chico travieso, salió de la habitación que ocupaba su abuela, siguió el campamento y montó en el mejor caballo que vió pastando por los contornos.

El caballerizo corrió para detenerle, pero Mario no le dió tiempo, porque había espoleado al caballo y éste había salido galopando con su galope ágil, rítmico, de aristocrático movimiento: era, precisamente, el caballo que la abuela guardaba y hacía entrenar para presentarlo en el Derby de Londres y, segura de que saldría ganador de la prueba, alcanzar con él la suma que había de servir de dote a su nieta para casarse con el príncipe Dinico.

También los señores del castillo de Clondarf estaban entrenando sus caballos para presentarlos al Derby de Londres.

Kerry, sobrino del actual señor del castillo, de Valentín Clondarf, cronometraba las carreras de los

dos caballos que estaban entrenando. Reloj en mano, con un pañuelo en la otra, para dar la señal de partida, plantado en medio del campo, observaba ansioso a su caballo preferido que, montado por Jimmy, era el que, según opinión personalísima de Kerry, había de vencer a todos sus contrincantes en la mayor prueba hípica del mundo: el Derby de Londres.

Cuando dió la señal y su caballo favorito salió al galope, vió que detrás de él venía un magnífico ejemplar, montado por un rapazuelo y que, guiado por éste, pasaba en un ágil y armonioso galope al suyo propio, a aquel en el cual Kerry tenía puestas todas sus esperanzas... Subyugado por la belleza pura del noble bruto, le siguió con los ojos, admirado, y pocos momentos después vió cómo la cabalgadura se deshacía de su jinete que rodaba al suelo y se levantaba enfurecido gritando:

—¡Ay, bandido! ¡Que me mata este caballo! ¡Ya le daré yo una lección para que no vuelva a hacer esto conmigo!... ¡Un palo, un palo para darle buenos azotes a ese animalote!

Estaba el muchacho tan indignado, que en aquel momento hubiera sido capaz de matar a aquel ejem-

plar, único en su especie según la opinión de Kerry, que se jactaba de conocer bien la raza y el valor de los caballos.

Se adelantó Kerry precipitadamente, cogió del brazo al muchacho y le dijo con dureza:

—¡Estate quieto! ¿No te da vergüenza? ¡Deja ese palo! ¿Me oyes? ¡Te he dicho que dejes ese palo!

—¡No quiero!... ¡Oh, déjeme!... ¡Ocupese de sus asuntos!—chilló el rapaz, tratando de deshacerse de la mano de Kerry, golpeándole la parte trasera con la punta de su pie.

—¿A quién se le ha ocurrido confiar una joya como esa... —dijo Kerry, admirando al caballo—... a un mono como tú?

—¡Deme mi caballo!—chilló María.

—A ver, Jimmy, hazle dar una vuelta a ese magnífico ejemplar. ¡Qué belleza! ¡Qué preciosidad de ojos! ¡Qué finos remos!

—¡Devuélvame mi caballo!... ¡He dicho que me devuelva mi caballo! —ordenó el muchacho en tono autoritario, como de quien está acostumbrado a mandar y a ser inmediatamente obedecido.

Kerry le miró por encima del hombro y replicó con desdén:

—¡Tienes un genio imposible, muchacho!

—¡No me trate así!... — replicó prontamente y con energía el chico.
—Me llamo Mario, duque de Leyva y Montraquel, marqués de Montraquel y caballero del Sol.

—No comprendo de dónde habrá sacado ese muchacho tantos títulos — murmuró Kerry, dirigiéndose a su criado.

—Es propio de esas tribus, señor. Los gitanos zíngaros ostentan siempre grandes apellidos.

—Pertenezco a un país donde todos somos perfectos caballeros — afirmó el muchacho con altivo orgullo y con dignidad de noble.

—Le ruego me perdone, Duque— replicó Kerry, divertido con la actitud del muchachuelo que tenía aires de gran hombre—. Me llamo Kerry Guiflan, nacido en Canadá, y éste es Jimmy Braun, irlandés y rey de los caballos.

—¡Bueno... devuélvame mi caballo!

—¿Quién es el dueño de ese hermoso ejemplar? — preguntó Kerry.

—Yo— afirmó Mario.

—¡Eso quisieras tú, granuja! — dijo Jimmy, burlonamente.

—Eres muy gracioso, Duque... pero con bastante poca base para sentarte en un caballo así—añadió Kerry, también con ironía.

—¿Qué le parece mi caballo?

—¡Hermoso animal! ¿Lo cambias? ¿Lo vendes?

—¡Ah!... ¿De veras lo encuentra bonito?—preguntó María que desconocía en absoluto el valor de aquel magnífico ejemplar, el favorito de su abuela, el que encerraba en sí todas las aspiraciones y todas las esperanzas de la anciana.

—¿Tú no lo encuentras bonito? —preguntó Kerry, a su vez.

—No... Después de como se ha portado conmigo, no volveré a quererle nunca.

—Entonces... mira a tu alrededor —insinuó Kerry, mostrando todos los caballos que estaban en el recinto de las caballerizas del castillo—. Escoge el que quieras y el que más te guste... Hacemos con los gitanos muchos cambios...

—¿Que escoja el que quiera? — inquirió Mario con entusiasmo—. Haga la cruz.

—Hago la cruz y lo juro. Escoge tú mismo, Duque.

—Aquí no hay ninguno que me guste...—afirmó Mario desdénso.

—Eres difícil, Duque; habrá que hacértelo a la medida.

—Me llevaré éste—dijo muy resuelto Mario, señalando el caballo favorito de Kerry.

—¡No en tu vida!... Este es el

del Derby, chico... Escoge otro... Cualquiera menos éste.

—Bien... entonces me llevaré esos cuatro... y este otro, que tiene un bonito color...

—Pero, chico, ¿te has creído que esto es una liquidación?—preguntó Kerry muy divertido con el aire de aquel muchacho que parecía no tener experiencia ninguna ni en caballos ni en nada.

—¿No tiene usted palabra?... Me llevaré éste, y éste, y éste... ¡Ea!... ¡Hasta la vista!

Cogió sus seis caballos, que no valían en junto lo que valía el que dejaba a Kerry y se disponía a marcharse muy satisfecho.

—Espero que ese caballo no tirará al suelo a Su Señoría—le dijo Kerry al verle montar en uno de los caballos que acababa de darle en intercambio.

—Yo me encargaré de ello—replicó Mario desde lejos, saludando con la mano.

—Este chiquillo se lleva una ganga...—murmuró Kerry.

—Pero también es ganga éste—añadió 'el caballerizo dando unas palmadas en el cuello de "Wings", el hermoso caballo que Mario había dejado—. Ya veremos cuando se le ponga al galope cómo se porta.

—Toma una zanahoria, guapo...

Voy a dar una vuelta con él... ¡Es magnífico este animal!

María llegó al campamento gitano con sus seis caballos, muy orgullosa y contenta, pero cuando el entrenador la vió, a lo lejos, corrió a comunicar a la anciana la catástrofe que acababa de ocurrir.

—Señora... señora... ese nuevo muchacho que ha llegado al campamento esta mañana, se ha llevado a "Wings"... y ahora viene con seis caballos... ¡y ninguno de ellos es "Wings"!

—¿Qué dices? ¿Es eso posible?—replicó la anciana, saliendo al encuentro de su nieta.

—¡Abuela, abuela!... ¡Estarás encantada del cambio que he hecho! He engañado y convencido a un atontado... ¡He trabajado como un verdadero gitano, abuela! Traigo seis caballos por uno—exclamó María, entusiasmada con lo que ella creía el más perfecto de los negocios.

—¿Qué es lo que ha pasado?... ¡Contesta! ¿Qué has hecho de mi "Wings"?—preguntó la abuela con la angustia reflejada en su rostro.

—Abuela... ¡lo he cambiado! A cambio de él te traigo seis—contestó María con deliciosa ingenuidad.

—¡Oh!... ¡Y tú eras mi única es-

peranza para la cuarta generación! —exclamó la anciana levantando los ojos al cielo—. ¡Llévate esas seis cabras! ¡Que yo no vuelva a verlas!

Y con hondo disgusto se encerró en su habitación.

* * *

* * *

En cambio, Kerry, cuando llegó al castillo montado en el magnífico potro, tuvo un éxito.

—Fíjate, tío Valentín, fíjate en lo que traigo—dijo Kerry, desmontando con un salto gracioso del caballo.

—¡Es una hermosura! ¡Qué bonito! ¿Dónde lo encontraste? ¿Dónde has hallado esta maravilla?

—Lo cambié a un gitano, a un chiquillo que no sabía lo que se hacía; le di por él seis caballos viejos... ¡Todos juntos no valen una oreja de éste!

—¡Oh!... ¿Pero es que hoy día se puede engañar a un gitano, Kerry?

—Dicen que los ángeles sonríen cuando se tima a un gitano... ¡A es-

tas horas deben de estar riendo a carcajadas!—replicó Kerry, riendo a su vez con todas sus ganas.

En el campamento gitano, la desaparición de "Wings" había producido general consternación.

La abuela llamó de nuevo a María a su lado y le preguntó, haciéndola sentar a su lado y hablándole como a lo que era, como a una niña:

—Dime, María, ¿conoces a ese hombre que te ha engañado?

—Sí... Es un bruto... ¡Me ha pegado! —replicó el muchachito con un delicioso mohín.

—¿Te ha pegado?

—Sí... un puntapié en... este sitio —replicó la niña señalando la parte más baja de la espalda—. ¡Pero yo se lo he devuelto!

—Escucha, María, tú no puedes comprender lo que ese caballo significa para mí... y para ti. En él tenía puesta toda mi esperanza. Es el que puede ganar el premio en el Derby, ¿comprendes? ¡Y tu dote estaba así asegurada!

E S O Q U E L L A M A N A M O R

—Perdona, abuela... yo no sabía... dérmelas con ese caballero... ¿Ver-

—Mandaré a Angelo a reclamar-
lo... El sabrá explicar lo sucedido. dad que me dejas ir?

—No, abuela... Por favor, déjame
que vaya yo... ¡Te prometo devol- —Bueno... Y si tú fracasas, en-
verte el caballo! Yo sé cómo enten- tonces irá Angelo. Pero "Wings"
que cueste. ha de volver a ser nuestro, cueste lo

* * *

En el castillo también se seguía hablando de "Wings". Valentín y Kerry continuaban la conversación acerca del mismo.

—Espero que esta nueva adquisición no te hará olvidar el entrenamiento del otro—decía Valentín a su sobrino.

—No, tío. Puedo entrenar dos caballos a la vez, con la mano izquierda y con los ojos vendados.

—Lo sé. Eres un jinete formidable.

—No bromees... Lo que he hecho ha sido mandar a Jimmy Braun a ver si logra los documentos con el historial de este caballo.

—Ha sido una buena idea... Pero mírale, ahí viene... Si antes le nombras, antes llega.

—¿Qué hay, Jimmy? ¿Conseguiste algo?

—¡Ah!... ¡Aquella gente parecen demonios! — exclamó Jimmy con desaliento—. ¡Como salvajes me atacaron por todos lados al saber a lo que iba!

—Pero... ¿no traes los papeles?

—¡Imposible!... Tuve que huir... Me han insultado, me han maltratado, como si fuera un trapo viejo... ¡Quieren que les devolvamos el caballo!

—¡Pues que no esperen semejante cosa!—afirmó Kerry con vehemencia.

—Kerry — intervino Valentín muy serio—. Desearía que con esa gente no te pelearas...

—Bien... Iré a verles mañana... O quizá será mejor que vaya esta misma tarde... ¿Está preparado mi baño?... — preguntó, dirigiéndose al criado.

—Sí, señor—contestó Paddy, que estaba siempre atento a todo.

Subió Kerry a sus habitaciones y Valentín entró en el salón, donde estaba su esposa tocando el piano, con la mirada de sus ojos muertos perdida en el vacío.

—¿Ha entrado alguien? — preguntó Josefina, al escuchar los pasos de su esposo.

Valentín se acercó a ella, la besó en la frente con ternura infinita y le dijo:

—Sí, querida, soy yo.

Sonrió la ciega con dulce serenidad al sentirse amparada por el cariño sincero y leal de aquel hombre que, desde su desgracia, la había rodeado de atenciones y de ternuras casi femeninas, y buscándole una mano, la estrechó fuertemente sobre su corazón, agradecida a tanta bondad y a tanto cariño.

—¿Pasaba algo, Valentín? Me ha parecido oír voces en el hall?

—No, querida, era Kerry, que venía entusiasmado con un nuevo caballo.

Repiqueteó con furia la campanilla de la puerta y salió Paddy a abrir. Era María... mejor dicho, Mario, que llegaba.

—Quiero ver al señorito Kerry—dijo, entrando sin más preámbulo en la casa.

—¡Qué modales son esos!—exclamó Paddy al ver frente a sí al gitano del ya célebre caballo.

—He dicho que me anuncie. Soy el duque de Leyva y deseo ver en seguida al señorito Kerry.

—Déjale pasar, Paddy — interrumpió la voz de Valentín que había salido al hall al escuchar la voz del muchacho—. Yo hablaré con él.

—Advierto al señor que no se trata más que de un gitano, a pesar de tener tantos humos.

—No te preocupes, Paddy. Ese chico me parece muy simpático... Pase, pase... Tengo entendido que el trato que hizo con mi sobrino no agrada a su gente—dijo Valentín, saliendo al encuentro del muchacho y haciéndole pasar.

—Usted perdone, señor... pero prefiero discutir este asunto directamente con su sobrino.

—Bien, suba usted... Está en su habitación... la segunda puerta a la derecha.

—Gracias.

Subió, dió unos golpecitos en la puerta del cuarto de Kerry y ante la invitación de que pasara entró resueltamente. Se quedó parada casi en la misma puerta, porque el joven Kerry se estaba bañando.

—Pasa, hombre... ¡Eres tú, Duque! Pasa y siéntate, termino en seguida.

—Yo soy un caballero... y espero que usted también lo sea...—murmuró el chico, muy azorado.

—Nunca había visto a un gitano azorado como tú, Duque... ¿Qué vienes a hacer aquí?

—A que me devuelva mi caballo.

—¿Y dices que eres un caballero... y faltas a tu palabra?... Y chillas

como un niño: "Devuélvame mi caballo..."

—¿Y usted es un caballero... y me da seis cabras a cambio del mejor caballo del mundo? ¡Sí, señor, me ha dado usted seis cabras indecentes!... ¡Sus seis caballos son seis birrias!

—¿Quieres quitarte ahora mismo de mi vista? ¡No sabes lo que dices!

—Pues aún tenemos mucho que hablar.

—Yo no quiero discutir contigo. Te he dado seis caballos de buena calidad y me he expuesto también a perder.

—Entonces, vamos a olvidar lo tratado y piense que no nos hemos conocido nunca.

—Eres muy inteligente, Duque. Ahora salgo y hablaremos de negocios. ¿Quieres llamar para que venga el mayordomo?

—Iré yo en su busca...—dijo el chico rápidamente, al ver que Kerry se disponía a salir del baño.

Y antes de que éste hubiera podido replicar, ya había salido de la habitación y bajaba las escaleras tan precipitadamente y tan lleno de susto que rodó por ellas hasta llegar al hall, donde le esperaba el señor de Clondarf.

—¿Acostumbra usted bajar siem-

pre así las escaleras?—le preguntó Valentín que sentía simpatía por aquel chiquillo decidido y altivo como un hombre—. Vamos a ver... ¿no se ha hecho usted daño, verdad?

—No... no... no ha sido nada...—contestó Mario con los ojos llenos de lágrimas que tragó rápidamente para que su femenino debilidad no la delatara.

Valentín sacó un puro de una caja que había sobre una mesita y se lo ofreció al Duque:

—Tome... pruebe uno. Son especiales... Me los hacen exclusivos para mí. ¿Usted fuma?—preguntó, al ver el gesto de extrañeza del muchacho.

—Sí, sí—afirmó María, sin vacilaciones.

—Yo se lo prepararé... ¿Le gusta?—le preguntó, al verle dar las primeras chupadas.

Y María, haciendo un esfuerzo por no toser y venciendo la repugnancia que le daba el grueso cigarro, replicó con aplomo:

—Pssé... ¡no está mal!

—Bien, lo celebro... Vamos a nuestro asunto... Cree usted que Kerry le ha engañado, ¿no es eso? El le dió cantidad por calidad... y usted no está conforme con ello.

—Yo lo único que quiero es que

me devuelvan el caballo, ¿sabe?... Ese animal no es mío.

—¿Y Kerry lo sabe?

—No... se lo pude explicar... porque... porque... estaba en el baño... —balbuceó María.

—¿Y qué tiene que ver eso?—inquirió Valentín, no comprendiendo la importancia que el muchacho daba a un hecho tan natural.

—Estaba enfadado... se estaba bañando... quería salir del agua... y por eso yo bajé...

—Esperaremos, pues, a que baje él... ¿Qué es lo que le llamó la atención? —preguntó Valentín, viendo que el Duque miraba con detenimiento una deliciosa miniatura de la más bella dama de la tierra—. ¡Ah, mira usted la miniatura! Es el retrato de una mujer bellísima a la que conocí cuando yo era apenas un niño. Desde entonces la guardo como un precioso tesoro, lo mismo que su recuerdo. ¡También era gitana! —supiró Valentín, con esa leve nostalgia que despierta siempre en el alma un recuerdo lejano y casi desvanecido.

—¿Es posible?

—Sí... Era bella y dulce y buena... El destino la separó de nosotros y...

Interrumpió el relato Kerry que

bajaba vestido y dispuesto a discutir con el Duque:

—Vamos, Duque, te voy a devolver tu caballo.. No se puede negociar con niños. Vamos, te llevaré a las caballerizas y te lo devolveré.

—Buenas noches, señor, ha sido usted muy amable conmigo—dijo el Duque, estrechando la mano de Valentín que le miró con simpatía, como si aquel muchacho evocara en él algo que no acertaba a concretar.

—Adiós, muchacho, y que todo se arregle a la medida de tu deseo.

—Sí, este chico está loco... Debí sospecharlo desde el primer momento. Anda, vamos.

Salieron al patio del castillo. Era noche cerrada. Casi a tientas se encaminaron hasta las caballerizas y allí Kerry se encontró a Jimmy que estaba desolado:

—Señor, señor, "Wings", el caballo de los gitanos, se ha escapado...

—¡No!

—Sí.. ha roto las ligaduras y ha tirado hacia el mar... Pero con esta noche tan oscura y con la niebla que va subiendo... ¡es imposible ir a buscarlo!

—¡Iré yo!—replicó en tono resuelto el gitano.

—Iremos los dos.. ¡Qué te has

creído! ¡Todavía soy yo el dueño de "Wings"! Dame la linterna, Jimmy. Vamos, Duque.

Salieron los dos. Iba Kerry delante alumbrando el camino y el Duque le seguía a pocos pasos. La oscuridad de la noche, las sombras del bosque, la niebla que fingía fantasmas al quedarse prendida entre las ramas de los árboles, todo le daba miedo, miedo que se esforzaba en vencer y en disimular, ¡porque ella era un hombre y los hombres no tienen miedo!

—¿Ve usted lo que ha hecho?—le dijo a Kerry, para romper el silencio que reinaba entre los dos.

—¡Cállate!... Yo soy quien debe quejarse... Casi estoy por volver atrás, regresar al castillo y que ese demonio de caballo se despeñe por cualquiera de los acantilados... Con esa oscuridad tengo miedo de perderme.

—¡Eso faltaba!... ¡Que usted tuviera miedo!

Se mordió los labios para no decir que ella también tenía un miedo atroz, y en aquel momento tropezó con el tronco de un árbol y estuvo a punto de caer. Kerry le cogió de la mano:

—¡Cuidado!... Anda con tiento... No sé cómo te he traído. No quiero remordimientos de conciencia. A

cada paso podemos caer al mar. Estamos sobre un acantilado.

María miró hacia el abismo y vio el movimiento de las olas a sus pies, muy lejos, en una profundidad casi inconmensurable. El miedo la sobrecogió y se cogió fuertemente a la mano de Kerry.

—¡No me agarres la mano, hombre! Si tienes miedo a caerte agárrate de mi chaqueta, que yo necesito de las dos manos para ir abriendo paso entre la maleza. ¡Ah!... Así escarmentaré y no volveré a aventurarme con un crío como tú.

—Usted tiene la culpa de todo lo que pasa.

Un relincho lejano hirió el silencio de la noche.

—Sssssh...—susurró Kerry—. ¿No has oído?

—No oigo más que sus protestas.

—Pues yo he oído el relincho de un caballo... y ha sido en esa dirección... Anda, vamos...

Siguieron caminando en la oscuridad, alumbrados sólo por la débil luz de la linterna, y llegaron, al fin, a un cobertizo que en el bosque había para guarecer a los caballos en días de lluvia o de tormenta.

Allí estaba "Wings" piafando tranquilamente.

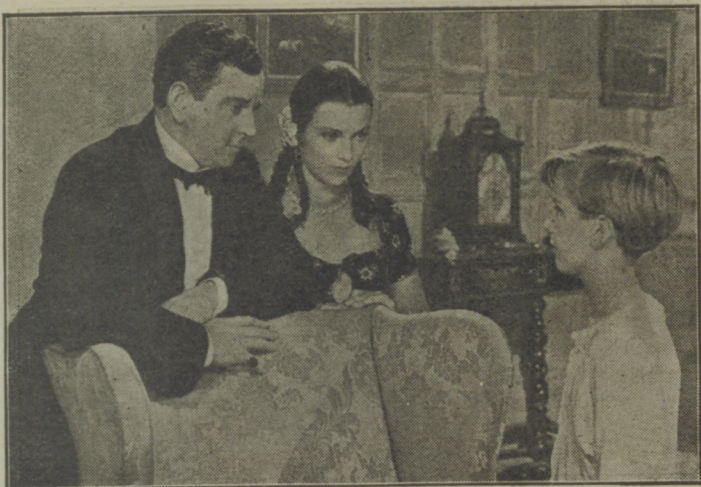
—Aquí está... ¡Mírele, tan satisfecho, como si no nos hubiera obli-



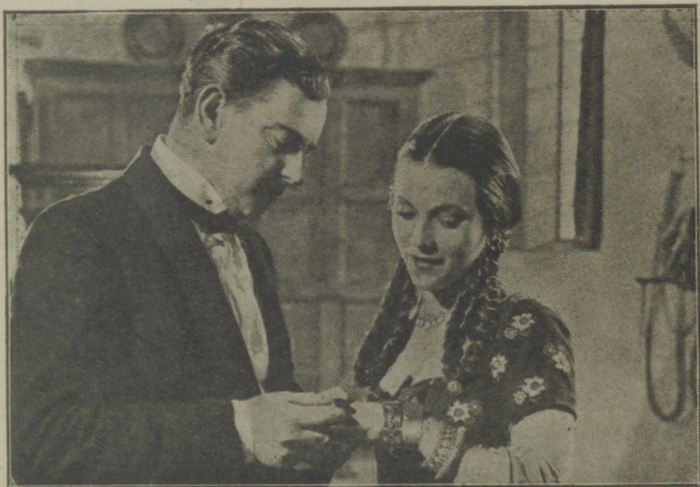
—Señor policía... siempre hemos podido acampar en el bosque.



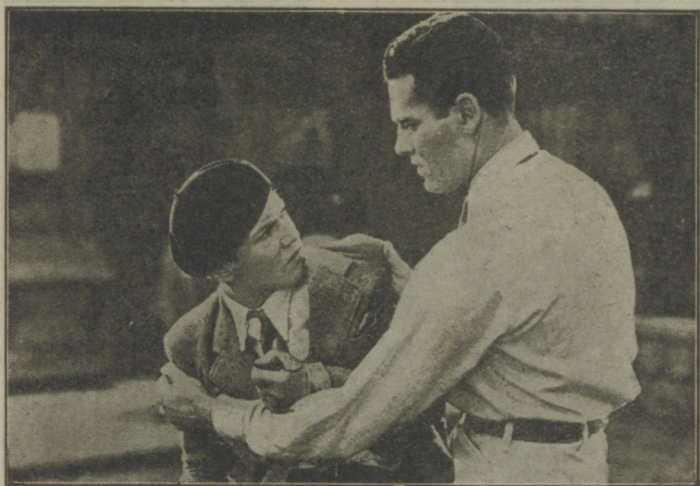
—Mi padre es el rey de la tribu y cumple siempre sus promesas.



—Quería ver la fiesta... y ver a los zingaros.



—Es árabe, muy antiguo y de gran valor histórico.



—¡Te he dicho que dejes ese palo!



—¡Hermoso animal! ¿Lo cambias? ¿Lo vendes?



—Nunca había visto a un gitano azorado como tú, Duque.



—¿Usted fuma?



—Voy a meterle en la cuadra y veré si no está herido.



El pequeño duque de Leyva tuvo que sufrir todo el miedo de los ratones...



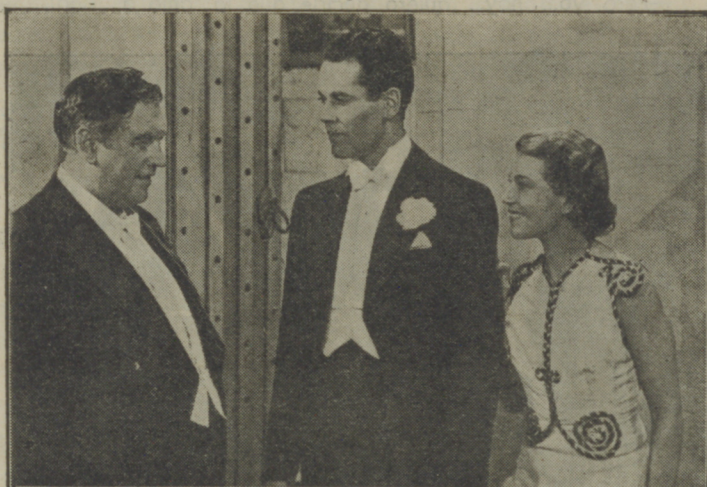
...ella era **todo un hombre**! ¡Y los hombres nunca tienen miedo!



...María en todo el esplendor de su belleza y de su gracia...



—No debe usted nunca vestirse de hombre.



—Encantado, Duquesa—dijo el tenor.



—Pero yo... hoy... quiero decirle que la amo a usted.



—Sí... me sorprende... no te esperaba.

gado a hacer una dura caminata!

—Me dejará usted llevármelo...

¿Sí?

—Tú mismo te contestas tus preguntas. Sí.

—Sí.

—Voy a meterle en la cuadra y veré si no está herido. Además está más recogido para la noche. Toma, ten la linterna.

Abrió Kerry la puerta del fondo del cobertizo y metió a "Wings" en la cuadra llena de heno. Lo acomodó ante el pesebre, le colocó en él un buen puñado de pienso y le puso una manta vieja sobre el lomo.

—Es un buen caballo... ¡Magnífica pieza! ¡Lástima para ti!

—Si usted me ayuda me montaré y me marcharé a mi campamento. Me están esperando.

—¿Montarte tú?... ¡Ya he visto esta mañana una prueba de tu equitación!... Debes de estar acostumbrado a montar en los caballos del tiovivo los días de feria...

—No consentiré que me tome usted el pelo.

—¡Bah!... ¡Es mucho caballo este para ti! Además, tienes que bordear el precipicio, y con esta niebla no llegarías ni con una escolta militar.

—Sí, pero...

—No es que me interese mucho

el que te rompas la cabeza o dejes de rompértela... Lo que me interesa es el caballo—afirmó Kerry, que no andaba con cumplidos con aquel gitano tonto que se había dejado engañar y que ahora estaba arrepentido de haber sido engañado.

Arregló Kerry bien al caballo, lo acarició, colgó la linterna de un clavo en la puerta del establo y se acomodó como mejor pudo en lo alto del pajar y se durmió profundamente.

El pequeño duque de Leyva tuvo que sufrir todo el miedo de los ratones que se paseaban por allí como los verdaderos dueños de aquel cobertizo perdido en el bosque, del silbido del viento, que fingía voces de almas en pena, de los mil ruidos de la noche que despertaban en ella todos los temores y todos los sobresaltos, y que fué venciendo a fuerza de voluntad... porque *ella* ¡era *todo un hombre!*... ¡Y los hombres nunca tienen miedo.

A la mañana siguiente, cuando María estaba ante la puerta del establo contemplando el bello espectáculo del despertar de la naturaleza, Kerry se acercó a ella y le preguntó, con la voz todavía adormilada:

—Buenos días, Duque.

—Buenos días—contestó ella, vol-

E S O Q U E L L A M A N A M O R

viéndose rápidamente con un gesto muy masculino para disimular mejor su condición de mujer en aquel momento en que la dulzura de la hora, el encanto del paisaje, la luz temblorosa de la aurora y el arrebol solar que la bañaba, había despertado en ella toda su sensibilidad de chiquilla soñadora que mal se ocultaba bajo el vestido de chico con el cual había tenido que disfrazar su personalidad.

—¿Has dormido bien toda la noche?

—No me han dejado... (iba a decir los ratones, pero se contuvo a tiempo y añadió con desprecio). No me ha dejado usted... con sus ronquidos.

* * *

Entre tanto, en el campamento gitano la angustia crecía con el retraso del regreso de María. La abuela había ordenado que se fuera en su busca, y durante toda la noche se habían recorrido todos los bosques y los acantilados y las orillas del mar, sin hallar huella de aquella criatura que era capaz de hacer enloquecer con sus caprichos y sus genialidades a todo un batallón.

—Hemos recorrido desde el castillo hasta el mar, señora—dijo Angelo cuando regresó al campamento gitano después de su infructuoso trabajo—. Hemos bordeado la orilla y...

—¿No han encontrado nada?—inquirió la venerable reina de los gitanos, interrumpiéndole con angustia—. ¿No la habéis visto? ¿Ni a ella ni "Wings"?

—No, señora... No hemos encontrado sus huellas en parte alguna...

La abuela dió un hondo suspiro

y se quedó pensativa, preocupada, recelosa.

Vino a sacarla de su abstracción el anuncio de que un caballero deseaba hablar con ella.

—¿Un caballero?—preguntó.

—Sí, señora.

—¿No ha dado su nombre?

—No.

—Bien, hacedle pasar.

Llegó hasta ella Valentín y la saludó sin reconocerla. ¡Cómo podía él reconocer en aquella anciana respetable, de pelo blanquísimo y el rostro surcado de las arrugas profundas que en él marca la vida con su paso doloroso y cruel!

—Buenos días, señora mía—dijo, dándole la mano—. Vengo a preguntar a ver si casualmente ha venido aquí mi sobrino Kerry... porque salió anoche de casa con uno de los gitanillos de este campamento, y todavía no ha regresado...

—¿Con un gitanillo?... ¿Y dónde

pueden haber ido en horas tan intempestivas? — inquirió la abuela con sobresalto, pensando en la suerte que hubiera podido correr su nieta—. ¡Espero que no les habrá sucedido nada malo!

—Eso espero yo también, pero ignoro dónde están y qué les puede haber ocurrido. Lo único que sé es que buscaban un caballo que se había escapado.

—Un caballo que su sobrino le cambió con engaño—interrumpió la anciana con vehemencia.

—Usted perdone. Nosotros no engañamos a nadie y, por si ignora quién soy yo, le diré que vivo en el castillo de Clondarf y que mi nombre es Valentín MacTarlán.

Los ojos de María brillaron con una luz juvenil. Aquel nombre la retrotraía a su juventud extrema, a aquella época de su vida en que conoció toda la dicha que el amor puede dar, a aquella época que fue la más gloriosa de su existencia y que tan pronto el destino le arrebatara para siempre.

—¡Valentín!...—suspiró con una dulcísima sonrisa—. ¿Es usted Valentín?... ¡Oh, qué feliz encuentro! Yo soy María... ¿Se acuerda usted?

¡Mi querida prima María!—replicó Valentín besándole la mano

con ternura—. ¡Cómo no voy a reconocerte, si los años no han pasado por ti!

—¡Oh, sigues siendo aquel chiquillo vehemente de entonces, Valentín!... ¿Te acuerdas?... Yo te prometí volver alguna vez... y ya ves como he vuelto.

Había en su voz la honda melancolía del tiempo pasado, de las cosas muertas, de lo que se ha ido para nunca más volver, y al propio tiempo había la dulzura de encontrar una huella del pasado que el tiempo no había logrado borrar: la huella de su recuerdo en el corazón de aquel hombre al que conoció siendo niño y que hoy peinaba canas, como ella también.

Mientras los dos antiguos amigos se abandonaban al dulce placer de la remembranza y charlaban de todos aquellos años que habían pasado lejos uno de otro, de todos aquellos años que habían traído aparejados sinsabores, desengaños, luchas, y también dichas hondas y perdurables, Kerry y el duque de Leyva caminaban por los senderos del bosque que bordeaba el mar, cuando a Kerry se le ocurrió una feliz idea:

—Podemos bañarnos antes de regresar al campamento.

Sobresaltóse María al escuchar la

proposición, y respondió rápidamente:

—Yo no me baño.

—El baño prepara el estómago para el desayuno. No lo dudes. Es el ejercicio más higiénico.

—He dicho que no me baño.

—Tú lo que tienes es miedo.

—No... es que... hace frío...—dijo queriendo esquivar una explicación más categórica.

Kerry insistía y el Duque trató de escaparse, montando en "Wings", pero Kerry lo impidió y lucharon a brazo partido como dos campeones.

Y mientras ellos luchaban, en el campamento gitano la anciana María y Valentín continuaban su largo diálogo.

—Después del desastre de mi vida—decía la anciana, refiriéndose a la trágica muerte de su esposo, en plena juventud y cuando el amor les ofrecía toda su gloria y su luz—, he sufrido mucho, mucho, y los años han pasado trayendo cada uno un nuevo sinsabor. He vuelto a Irlanda, a esta bella Bahía del Destino que él quiso fuera para siempre un paraíso para los gitanos, y he venido con la esperanza de conseguir la dote de mi nieta, la dote que hará que pueda casarse con el príncipe Dinico a quien está pro-

metida. Por esto he traído a "Wings", el hermoso caballo que tu sobrino ha cambiado por unos caballos que no valen nada, abusando del perfecto desconocimiento que mi nieta tiene de todas esas cosas. "Wings" es un caballo magnífico, de pura sangre, y estoy segura de que, con un buen entrenador, puede ganar el Derby este año. Si gana el Derby estoy salvada y puedo hacer feliz a mi nieta.

Valentín había escuchado religiosamente todo el relato de la anciana, interesado por la vida de aquella mujer, tronchada por el destino en plena juventud, y que sólo un exceso de voluntad había conseguido arraigarla a una vida que no tenía interés alguno para ella desde que había muerto su esposo cuando más dichosa se sentía y cuando el amparo de aquel cariño era su mayor gloria.

—Dime, María, ¿hay algo que pueda hacer por ti? ¿Te puedo ayudar?

—Sí... estoy intranquila por esa criatura... Búscala y haz que vuelva a mi lado.

—¿Intranquila por ese muchachito que se ha ido con Kerry? Estate tranquila, es un valiente y él solo sabe defenderse de todo y de todos.

—Ese chico de quien tú me hablas es mi nieta, mi nieta María, de la que te he estado hablando yo.

—¡Cómo!... ¿Quieres decir que el Duque... que ese chiquillo es una muchacha?

—Sí.

—¡Ah!... ¡Ahora comprendo por qué anoche la encontré tan simpática y atractiva cuando hablé con ella en el castillo—rió Valentín, acordándose del aplomo de la chiquillo fumándose el cigarro puro que le había dado convencido de que era un chico.

—Escucha, Valentín, ya que quieres ayudarme voy a pedirte un favor: necesito un entrenador para "Wings", porque estoy segura de que "Wings" no se ha perdido y que pronto volverá a estar aquí.

—¿Un entrenador? ¿Quién mejor que Kerry, mi sobrino? Tengo la seguridad de que no existe en toda Irlanda un entrenador de carreras hípicas como Kerry.

—Bien, si tú estimas que es bueno, yo lo acepto desde este momento, Valentín. Tengo en ti la misma confianza que tuve en aquel niño que desde el primer instante me mostró simpatía y cariño en un ambiente que me era por completo hostil. Me es preciso ahora hacer un largo viaje para realizar un ne-

gocio importante. Pero la niña no puede venir conmigo. He pensado internarla en un pensionado de monjas donde esté bien, y donde tú puedas ocuparte de ella sin que te sea demasiado molesto.

—¿Y por qué no dejarla en mi propia casa? ¿Dónde la podré vigilar mejor y ocuparme mejor de ella que en casa? Mi esposa, Josefina, estará encantada de tener a su lado a una muchacha como María que sabrá distraerla en sus largas horas de melancolía... Deja que se quede conmigo...—rogó Valentín, encantado con su idea.

—No, Valentín, eso es pedirte demasiado. Yo no pretendo tanto. Yo sólo quiero que...

—Ya lo sé, mi vieja amiga... ya sé que tú no quieres, pero yo sí. Y mi mujer y yo haremos por esa chiquilla que es de tu misma sangre y que lleva en sus venas sangre de mi familia, tanto cuanto podamos, porque tú, María, te lo mereces todo.

* * *

Kerry y el Duque regresaban a paso lento hacia el campamento gi-

tano. Kerry estaba avergonzado. Le dolía haberse portado tan descortésmente con una muchacha, ahora que ya sabía a qué atenerse respecto a la personalidad de aquel a quien había creído un muchacho mal educado y que era una mujercita... (¿Mal educada también? ¡Sí! ¿Qué duda cabía de ello? Pero al fin y al cabo... ¡mujer!).

—Le ruego que no cuente a nadie que yo he sido capaz de tratarla como a un chico travieso... Me pondría usted en ridículo—le dijo después de haber caminado mucho rato en silencio.

—¿En ridículo?... ¡Peor es para mí, que no he sabido guardar bien mi incógnito! Quien no debe decir nada es usted. Yo sigo siendo para todos el Duque de Leyva.

Kerry se mordió los labios y calló; ahora ya no podía responder a aquel rapaz como merecía; ahora se veía obligado, por las leyes de la caballerosidad y la cortesía, a callarse y a sufrir todas sus impertinencias. ¡Ah, y cómo odiaba a aquel mozalbete! ¡Y dale! ¡No podía acostumbrarse a pensar que era una chica!

Llegaron al campamento gitano y encontraron a la abuela charlando con Valentín.

—¡Me has hecho pasar un susto

terrible!—suspiró la anciana, abrazando a su nieta.

—Lo sé, abuela... Pero él ha tenido la culpa—replicó la chiquilla haciendo un gesto desdefñoso para mostrar a Kerry.

Valentín se adelantó y quiso presentar a su sobrino:

—Kerry, esta señora es...

Pero la anciana interrumpió en el acto:

—¿Qué importa mi nombre?... Soy la reina de esta tribu... Nada más.

—Abuela, no quiero que le hables... ¡Es odioso!—exclamó María, refiriéndose a Kerry a quien no perdonaba los malos tratos que le había dado.

—Así me gusta—intervino Valentín riéndose ante el arranque de la chiquilla—, que le dé su merecido.

La abuela expuso a Kerry su intención de hacerle el entrenador de "Wings", al que presentaría en el Derby de Londres y en el que tenía puestas todas sus esperanzas.

—Me encargo de entrenarle, ya que así lo desea, pero con una expresa condición.

—¿Cuál?

—¡Que esta muchacha desaparezca de mi vista!—dijo Kerry refiriéndose a María.

—¿Que desaparezca yo?— murmuró la chiquilla en tono autoritario—. ¡Usted no es más que un grosero!...

—Lo siento, pero sin esa condición, no entreno a "Wings". Además, yo, prefiero el caballo que ya estoy entrenando para el Derby... Es mucho mejor que "Wings".

—¡Oh, pero usted no puede hacer esto!—suspiró la abuela que ya había puesto en él toda su esperanza.

—No le hagas caso... No hay deportista más honrado que Kerry—aseguró Valentín para tranquilizarla.

—¿Honrado?... ¡Hemm! ¡Es un traidor!—afirmó la chiquilla mirando de soslayo a Kerry, que se mordía los labios con rabia por no poderle contestar como hubiera sido su gusto.

La abuela, conciliadora, intervino:

—Ya sé lo que les pasa a los pobres. ¡Están sin comer desde anoche!

—Sí... yo tengo hambre—aseguró Kerry.

—Entonces... ¿quieren ustedes compartir nuestra típica comida?—dijo la anciana invitando a los dos caballeros—. Después de comer, podremos charlar largamente.

—¿Qué te parece, Kerry?—preguntó Valentín a su sobrino.

—¡Que me quedo, tío!

—Entonces... yo no tengo gana... ¡Adiós!—dijo María, dando media vuelta y corriendo a esconderse en el interior de uno de los carros del campamento.

* * *

Pocos días después, María iba al castillo para quedarse en él y pasar una temporada al lado de aquel matrimonio que tan galantemente y con tanto cariño le habían ofrecido cobijo durante la ausencia de su abuela.

Los criados del castillo se quedaron un poco sorprendidos cuando su señor les dijo que aquel "muchacho", que era una señorita, se quedaba a vivir con ellos, y Paddy, el mayordomo, se rompía la cabeza repitiéndose una y otra vez:

—Primero es un chico... luego una chica... ¡Cualquiera sabe lo que aquí va a pasar con todo este lío!... A lo mejor ni es gitano... digo, ni es gitano, ni es una chica... quiero decir, que a lo mejor es una vieja...

Lo mismo que no ha sido chico, puede no ser joven... ¡Quién puede saber nada!

María, después de haber abandonado su vestido masculino, luciendo de nuevo toda su esplendorosa belleza de mujer envuelta en un maravilloso traje de noche, bajó al salón a saludar a Josefina con la que había simpatizado desde el primero momento en que Valentín se la presentó.

—¡Oh, Josefina, cuánto siento que no pueda ver mi vestido!—le dijo, arrojándose en sus brazos.

Josefina la acarició suavemente y murmuró con su mansedumbre, dulce y buena, mansedumbre de mujer inteligente herida por la desgracia y que ha sabido elevarse con su espíritu por encima de ella:

—No te veo... es verdad... pero no por eso te admiro menos, María. ¡Conozco tan bien la belleza de la vida desde que estoy ciega!... Percibo mejor el perfume de las flores del jardín y de las rosas cuando las mece el viento, y sé apreciar más hondamente el perfume de un espíritu delicado cuando se abre al calor de una buena amistad... María, yo sé que en este momento estás bellísima, pero, aunque no lo estuvieras, yo te querría igual, porque lo que estimo en ti es tu alma, in-

finitamente más bella que todas las bellezas de la tierra juntas.

Kerry aun no había visto a María transformada en una bellísima mujer. Estaba desesperado desde que sabía que "el gitanillo" se había instalado en el castillo, y estaba resuelto a no tratar con él aun a riesgo de incurrir en el enfado de su tío.

—Dime, Kerry, ¿has estudiado ya al caballo de los gitanos?—le preguntó su tío Valentín, mientras estaban los dos en el despacho, frente a la amplia chimenea, Valentín saboreando un cigarro y Kerry paseando nerviosamente de un lado a otro.

—Sí... es un buen animal... un poco salvaje... ¡No tiene comparación con el mío!

—He advertido a los mozos de cuadra que no comenten nada con nadie en caso de que sirva para correr en el Derby. ¿Sabes que su dueña piensa apostar varios miles en las carreras de este invierno?

—Sí... Esa señora entiende mucho de caballos, pero sería mejor que esperara a la primavera para que "Wings" estuviera más entrenado—. ¡Quién sabe aún si fracasará en las pruebas!... Tío—añadió Kerry volviéndose a Valentín—, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Claro que sí. ¡Ya me imagino que es algo acerca de esa muchacha!...

—Sí... ¿Cuánto tiempo estará en el castillo?

—Lo ignoro. Pero ojalá sea mucho, porque esa pequeña es un encanto—afirmó Valentín.

—¿Un encanto?... ¡Es lo peor que he conocido en mi vida!

—¡No digas eso!

—Puedo decirlo, porque la conozco mejor que tú. ¡Yo he tenido que soportarla! ¡Y es insufrible!

—¿Que yo no la conozco? No tienes razón para decir esto.

—Me desagrada mucho tener que aguantarla. La detesto de todo corazón. Díselo de mi parte cuando la veas. Por mi parte estoy decidido a huir de ella siempre que me sea posible. Por lo pronto, esta noche cenaré en mi cuarto.

—Como tú quieras... Pero me parece que estás muy nervioso, Kerry...—comentó con ironía Valentín.

Kerry salió del despacho dispuesto a subir a sus habitaciones para no tener que soportar a aquella chiquilla a la que detestaba, cruzó el hall rápidamente y, cuando iba a embocar la escalera, se quedó parado, lleno de asombro, hipnotizado como ante una aparición: en lo alto de ella estaba María, María en todo

el esplendor de su belleza y de su gracia, María con su traje de noche, de corte impécable, que realzaba aún más el encanto de su figura, descubriendo graciosamente las líneas perfectas de su cuerpo, y dando a su rostro casi infantil un encanto femenino tan irresistible que Kerry exclamó, entusiasmado:

—¡Mi amigo el Duque!...

Sonrió ella, coqueta, mirándole complacida al descubrir el efecto que le producía, y él le rogó:

—¿Quiere usted esperar aquí aunque sólo sea un minuto?... ¡No se mueva, se lo ruego!

Corrió de nuevo al despacho y le dijo a su tío rápidamente:

—Tío Valentín, todo lo que te he dicho de María han sido barbaridades... No la conocía... tenías razón.

—Querido, deja que te tome el pulso... Creo que estás calenturiento—rió Valentín, complacido de aquel feliz cambio.

—No te burles de mí, tío... ¡Es tan distinta de cómo yo te la pintaba!... Es... tan... ¡Tan preciosa!...

Volvió al lado de María, le dió la mano y la ayudó a bajar la escalera. La miraba absorto, queriendo saciarse de aquella incomparable perfección femenina, porque todas las gracias estaban en ella reunidas.

—¡Yo que quería hacer de usted

un hombre!—murmuró, avergonzado, como si fuera un pecado haber querido transformar en hombre a aquella delicada y preciosa figura de mujer.

—Tenía yo mucho interés en que me creyera usted un chico...—replicó ella, riendo con una deliciosa sonrisa.

—Cuando recuerdo las cosas que hice... ¡Llegué a darle un puntapié en...!

—Siendo usted un caballero... se olvidará de todo—dijo ella, riendo de nuevo.

—No debe usted nunca vestirse de hombre. ¡Es un crimen si lo hace! Es como si una rosa se empeñara en convertirse en cardo...

—¿Pero no quieren venir a cenar?—les interrumpió Valentín, llegando hasta ellos.

Y antes de que Kerry hubiera tenido tiempo de hacerlo, ya él había ofrecido el brazo a María para acompañarla hasta el comedor.

* * *

Salían siempre juntos. Daban largos paseos por los bosques o reco-

rrían el curso de los ríos. La exuberante naturaleza de la isla les invitaba a excursiones intrincadas y Kerry se complacía en llevarla a todos los lugares históricos, a todos los rincones en los que la leyenda había forjado la trama de una bella historia empañada de romanticismo y de sabor.

María se complacía en aparecer cada vez más bella a los ojos de Kerry. Sus vestidos, sabiamente escogidos, la hacían aparecer a cada hora del día como una mujer distinta, y se hacía difícil reconocer en la muchacha deportista que por la mañana nadaba en el río a la dama aristocrática y elegante que la noche anterior había cenado a su lado.

Aquella mañana, a través de los románticos senderos del bosque, la había conducido ante una gruta natural, excavada en la roca, a la que se daba el nombre de la "Cueva milagrosa".

—Es famosa desde hace cientos y cientos de años—le explicó—. ¿Quiere que entremos en ella?

—Bueno.

María estaba siempre dispuesta a ir hasta el final del mundo, mientras su guía fuera Kerry.

—¡Ah, pero para entrar ha de quitarse los zapatos!—arguyó él.

—¿Quiere decir que es preciso que me descalce?

—Sí, sí, tiene que meterse en el agua con los pies desnudos, y sólo entonces podrá hacer la petición que le será concedida.

Riendo ante aquella leyenda que tenía sabor ancestral, María se quitó los zapatos, y, colocándose al lado de Kerry, hundió sus pies en el agua.

El perro que les acompañaba siempre, "Kafi", inseparable amigo de Kerry y que ahora era el incondicional guardián de María a todas horas y en todas partes, se metió también en el agua:

—¡Vamos, "Kafi"!—exclamó Kerry; acariciándolo—. ¿Qué haces aquí? ¿O es que también deseas formular una petición?... Bien, María, ahora tiene que pedir algo que de veras desee obtener, pero ha de guardar bien el secreto de lo que pida, porque si no, no le sirve. ¿Está lista? ¿Sí? Pues cierre los ojos y permanezca en silencio.

María obedeció y se quedó un largo espacio de tiempo con los ojos cerrados, reconcentrada en sí misma, pidiendo con mucha fe algo muy íntimo que la hacía sonreír levemente.

El la contemplaba extasiado. ¡Estaba tan bella con los ojos ce-

rrados y su inefable expresión de recogimiento y de candor!

Cuando María abrió los ojos se encontraron sus miradas, y la muchacha se ruborizó como si acabaran de sorprenderle su secreto.

—¿Qué ha pedido?—suplicó él, mirándola intensamente y con ansiedad.

—Pero usted me ha dicho que si cuento a alguien lo que he pedido... ya no me sirve...—replicó ella.

—Ya sé—murmuró él en voz tan tenue que era un susurro—, pero yo esperaba que hiciésemos los dos la misma petición... ¿Comprende?

María no contestó. Pero sus miradas eran lo bastante elocuentes para que el corazón de Kerry quedara satisfecho. El secreto no había sido divulgado... Pero ellos se habían comprendido.

Salieron del agua y Kerry le secó los pies, y mientras lo hacía le dijo:

—¿Sabe, Duque, que esta noche doy una fiesta en su honor?

—¿Y está usted seguro de que yo iré?—preguntó ella a su vez, queriendo hacerle enfadar.

—Le tengo preparada una sorpresa que estoy seguro ha de gustarle mucho. Espero que no faltará.

Emprendieron el camino de retorno, y María le dijo, refiriéndose a aquella invitación:

—Voy a tener que pensarlo mucho.

—La espero, María.

Y como ella sonriera vagamente, añadió:

—Hay que luchar con usted casi tanto como con "Wings"... Los dos son un poquitín salvajes... Pero usted no debe serlo ya... ahora que se ha convertido en una muchacha tan bonita y elegante.

"Kafi", que había saltado hasta entonces en torno a ellos, se separó del grupo y corrió como una exhalación hacia el interior del bosque. En un claro le esperaba una perrita de su misma raza y Kerry dijo, riéndose:

—Mire, María, "Kafi" ha conseguido ya lo que ha pedido en la cueva...

* * *

Como había prometido, Kerry dió una gran recepción en el castillo de Clondarf, en honor de María.

La más alta aristocracia irlandesa se había reunido aquella noche en el

castillo. Valentín era muy estimado por todos y Kerry se había captado la simpatía de cuantos visitaban a los señores de Clondarf.

Para sorprender a la bellísima huésped de honor había conseguido Kerry que asistiera a la fiesta el más célebre tenor irlandés, para que cantara algunas canciones y fuera la nota más sobresaliente de la reunión.

Los salones de Clondarf resplandecían. Las luces de miles de bujías se reflejaban en los grandes espejos y el brillo de las joyas confundíase con los destellos de la luz, produciendo una fantástica irisción.

Kerry recibía a los que iban llegando, pero estaba ya impaciente porque a la única que deseaba ver era a María, a María de la que se había enamorado locamente, apasionadamente.

Llegó primero el célebre tenor. Kerry hizo un gesto imponiendo silencio a todos los presentes, y luego dijo con voz clara, para que pudiera ser escuchada por todos:

—Por favor, amigos, un momento... Les he preparado una gran sorpresa. Señores, tengo el gusto de anunciarles que esta noche está entre nosotros el célebre cantante irlandés, famoso en el mundo entero,

nuestro buen amigo, que va a cantar en honor de nuestra ilustre huésped la Duquesa de Leyva... Señores, les presento a ustedes el célebre tenor John Mac Cormack.

Un aplauso general saludó al cantante, y María, que acababa de entrar en los salones, embelleciéndolos todavía más con su encantadora presencia, tendió la mano al eximio artista y le sonrió con aquella sonrisa que cautivaba todos los corazones.

—Encantado, Duquesa—dijo el tenor, cuando hubo sido presentado.

—¿Vamos a empezar?—interrogó Kerry, que sólo tenía ojos para María.

—Con mucho gusto si la Duquesa lo permite.

Acercóse Mac Cormack al piano y esperó unos momentos.

—¿Qué va usted a cantar?

—Cantaré algo que agrade a las damas...—replicó el tenor—. Cantaré una canción de amor...

Se hizo un silencio general y la voz del tenor elevóse clara y cristalina llenando de melodías los más apartados rincones del palacio.

María le escuchaba embriagada en aquellos acentos. Le parecía estar en otro mundo. Aquella voz, aquella música, el ambiente que la rodeaba y sobre todo, el amor que

sentía palpitir, más que en las notas de la canción, muy cerca de su corazón, le producían una felicidad desconocida hasta entonces por ella, una dicha muy dulce que debiera haberle dado mucha, mucha alegría, y que, sin embargo, le causaba como una triste nostalgia que no se sabía explicar.

Kerry se fué acercando donde estaba la muchacha. No podía vivir separado de ella, y, evitando encuentros que pudieran detenerle en su paso, fué hasta el rincón donde María se había recogido para escuchar mejor.

Mac Cormack cantaba ahora un bellísimo himno dedicado a Irlanda. Se llamaba "Vuelve a Irlanda", y se ensalzaba en él la belleza suave y apasionada de la isla encantada, de la isla de ensueño en la que los paisajes tienen todas las gradaciones y todos los matices y en la que puede encontrarse desde la abrupta cúspide salvaje, hasta la suavidad de los bosques bañados por el mar.

Aquel canto era una evocación, era como el despertar de un alma al recuerdo lejano de días pasados, era como si la abuela, mejor dicho, como si el espíritu de la abuela que había quedado prendido en las paredes de aquel castillo donde había sido dichosa, dijera en voz alta to-

do su hondo sentir al volver a la tierra en que fuera feliz y en la que había dejado arraigado, para siempre, su noble corazón.

—¡Qué bello!... ¡Qué bello es este canto!—suspiró María, como si también ella supiera comprender aquel misterio que flotaba en el aire y que sólo un espíritu cultivado y sensible podía captar.

—Muy bello, María... Pero yo... hoy... quiero decirle que la amo a usted. La amo, María, la amo...

—¡Oh!... No debe usted decirme esto...—suplicó María sintiendo que una oleada de rubor le subía al rostro.

—¿Por qué no puede decírselo, si es la verdad?

María se alejó unos pasos para ir a saludar a Valentín y Josefina.

—Aquí viene...—dijo Valentín a su esposa, estrechándole la mano suavemente—. ¡Está más hermosa que nunca!

—¡Cuánto me gustaría verla!—suspiró la pobre ciega con aquella dulce resignación con que sufría su desgracia.

María abrazó a Josefina con un tierno abrazo filial.

—Josefina—le dijo—, ¡todo esto es tan bello, tan grandioso, tan perfecto!... ¡Qué pena que no esté la abuela aquí esta noche!

—No se preocupe, María; su abuela estuvo en este castillo antes que usted—dijo Valentín, que también aquella noche tenía su pensamiento prendido en el recuerdo de aquella otra María a la que conoció en todo el esplendor de su hermosura, como esta chiquilla de hoy.

—¿La abuela?—murmuró María.

—Sí... ya se lo contaré después... ¡Pobrecilla!... Sufrió mucho en esta misma habitación...

—Sí... lo sé... Fué una historia muy triste la de su juventud, pobre abuela.

—Cierto, María; pero hoy su hermosura, sus ojos resplandecientes, toda la gracia incomparable de su persona, nos hacen olvidar el pasado... María, esta noche que para usted es tan bella, le reserva una nueva sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—Sí.

—¿Para mí?

—Para usted exclusivamente.

—¡Oh, dígamelo!

—No, no... Lo va usted a saber de un momento a otro...

—¿De veras?

—Se lo prometo.

* * *

Mientras ellos hablaban, llegaba al castillo el príncipe Dinico, convertido ahora, por cuestiones políticas de su país, en el duque de Montraquel, y se hacía anunciar por el mayordomo.

Dinico entró en el salón y fué recibido por Valentín que le presentó a su sobrino:

—Mi sobrino Kerry... el Duque de Montraquel—dijo, sin adivinar que aquellos dos hombres eran rivales.

—Mucho gusto.

—Encantado.

Se estrecharon la mano, sin adivinar tampoco ni uno ni otro que estrechaba la mano de un enemigo.

—Vengan, no se queden aquí, pasen al bufete y tomarán una copa de champaña. ¡Tenía muchos deseos de conocerle a usted, Duque! Si llega usted un momento antes hubiese oído la voz más maravillosa del mundo. Ha cantado Mac Cormack, el tenor famoso en el mundo entero. Mientras usted se queda con mi sobrino, yo voy a buscar a María. ¡Qué dichosa sorpresa para ella!

Quedaron solos Kerry y Dinico. Se miraron el uno al otro con recelo. Los dos eran jóvenes; los dos conocían a María; forzosamente los

dos tenían que estar enamorados de ella, pero ni uno ni otro se atrevió a hablar de ella.

—¿Viene usted directamente de Suvalia?—le preguntó Kerry, para romper el silencio que se iba haciendo pesado.

—No, vengo de Londres. Mi madre está enferma y la he traído a Inglaterra con la esperanza de que se cure. Además, mi novia está aquí. Pienso casarme en la primavera.

—Le felicito a usted... ¿También está en Londres su prometida?

—¡Cómo!... ¿Pero María no le ha contado a usted que...?

—¿María?

—Sí, mi novia, la Duquesa de Leyva...

Kerry sintió que el corazón se le paraba, pero hizo un esfuerzo supremo para reaccionar y que nadie notara la alteración que había sufrido, porque en aquel momento llegaba María y ella menos que nadie debía adivinar el agudo dolor que aquel descubrimiento le producía.

María también tuvo que esforzarse por disimular su turbación. No esperaba ver a Dinico en aquellas circunstancias, y exclamó, estrechándole la mano sin efusión:

—¡Dinico!... ¿Pero tú aquí? ¿Es posible?

—¡María!... ¿Te sorprende, verdad?

—Sí... me sorprende... no te esperaba...

—Recibí tu telegrama y vine en seguida. Sólo que he tenido que retrasarme a causa de la enfermedad de mi madre.

—Vengan, vengan conmigo—interrumpió Valentín.— Quiero presentarle a mi esposa. Ven con nosotros, María...

María siguió a Valentín y a Dinico, sin atreverse a volver la vista hacia Kerry que se quedaba frente al bufete, con el rostro muy pálido y en los ojos una infinita expresión de tristeza.

* * *

Cuando al día siguiente pudieron hablar a solas, María le dijo, acercándose a él con aquella franca camaradería que les unió desde el primer momento:

—Lamento lo ocurrido, Kerry, pero es que yo...

—¿Sabe usted hacer un cigarrillo con una sola mano?—replicó Kerry

que estaba liando un pitillo, dando a entender que no quería enfrascarse en aquella conversación.

María lo comprendió y, siguiendo la broma, replicó con ironía:

—No... ¡yo sólo fumo puros!... ¿Se acuerda?

—Lo había olvidado—replicó con mal humor.

—Kerry... ¿No se hace usted cargo de lo sucedido?...

—Sí, sí, claro...

—Es muy difícil explicar lo que me ha pasado, Kerry... Ya sé que debí decirle desde el primer instante que estaba prometida... pero no sé por qué... no lo hice... me faltó valor... como si fuera muy difícil decir una verdad contra la cual yo no puedo luchar...

—Así... ¿es cosa decidida? ¿No tiene remedio?

María bajó la cabeza sin contestar. Aquel matrimonio con Dinico era por conveniencia política, pero su corazón no tomaba parte en él. ¿Cómo explicarle a Kerry que...? ¡Oh, cuán difícil era exponer los propios sentimientos delante de un hombre! ¡Si por lo menos él fuera lo bastante inteligente para comprenderla sin palabras! Pero no, Kerry no la había comprendido, aunque había replicado muy serio y muy triste:

—Comprendo, María, comprendo.

Lo que Kerry comprendía no era lo que María quería decirle sin palabras.

Se acercó a él, le tendió la mano, y procurando contener sus lágrimas le dijo:

—Adiós, Kerry.

—Adiós, María... Que seas muy dichosa...

Cuando Kerry salió al parque y se encontró con su fiel perro, le dijo, acariciándole el lomo:

—“Kafi”... empieza a despedirte de tu dulcinea, porque tú y yo, en cuanto haya pasado el Derby, regresaremos al Canadá. Ya no nos queda nada que hacer en Irlanda. Tú eres mi único amigo fiel... y en el Canadá encontrarás otras compañeras que serán tan buenas como la que dejas aquí... A mí me será un poco más difícil, porque los hombres somos más exigentes que los perros...

* * *

Pocos días después, estaba Kerry en su despacho junto con su tío Va-

lentín, cuando llamaron al teléfono.

—¿Diga?—cotejó Kerry tomando el auricular—. ¡Oh, pero esto es soberbio!... Estamos de enhorabuena... Avíseme cuando vuelva... Bien, sí, gracias... Hasta ahora.

Dejó el teléfono y volviéndose a Valentín le explicó con la vehemencia que le era natural:

—¡Tío, ahora sí que vamos a ganar el Derby!

—¿Qué pasa?

—Adivina quién va a correr por mí.

—No me digas... ¿Has conseguido a Donog?

—Sí. ¿No es la mejor suerte que podía tener?

—Entonces... ¡ya es seguro que ganamos el premio!

—¡Cómo me gustaría ver correr a Donog!—suspiró Josefina, apoyando una mano en el hombro de su marido.

—Josefina, yo te prometo que si gana serás la primera en saberlo—afirmó Kerry.

—¡No faltaba más! Como que vendrás conmigo a las carreras y yo te iré explicando detalladamente todos los incidentes. Será como si lo vieras, querida mía—le dijo Valentín, besándola con ternura.

—¡Oh Valentín, tus ojos son mis ojos!... ¡Qué bueno eres conmigo!

En aquel momento entró María con el rostro muy triste y desalentado:

—Traigo muy malas noticias— dijo.

—¿Qué sucede?

—La abuela está muy mal.

—¿Y dónde está?—inquirió Valentín con angustia.

—En su campamento. No quiere moverse de él.

—Hay que trasladarla al hospital.

—Imposible... No quiere... Dice que no me apure, que no es nada, pero yo estoy inquieta, aunque ella asegura que pronto le pasará.

—¿Han avisado ya al doctor?— preguntó Josefina, que estaba interesada, como todos, por la suerte de aquella anciana cuya romántica historia de amor hallaba un eco de simpatía y de cariño en todos los corazones.

—Sí. Pero su mal es moral. Cuando supo que su caballo no corría en el Derby se desmayó.

—¿Que no corre "Wings"?—inquirió, extrañadísimo, Kerry.

—No. En el Jockey Club no admiten al jinete de la abuela, porque dicen que no se inscribió a tiempo.

—Pero eso no es justo.

—No lo será... pero así es. Hay muchas cosas en la vida que no son justas y son. Voy a hacer mi equi-

paje. Mi puesto está al lado de la abuela en estos momentos.

María salió después de haber besado a Josefina y saludado a los caballeros, y Valentín, cuando la vió salir, murmuró contrariado y pesadoso:

—¡Pobre mujer!... Toda su ilusión eran las carreras.

—Igual que Kerry—arguyó Josefina.

—Sí, igual, pero ella tenía una esperanza puesta en su caballo, una esperanza que no alcanzará si éste no corre. Había hecho un magnífico entrenamiento de "Wings"... ¿Y sabes lo que ocurrirá si ese caballo no gana? María, no sólo perdería su dote, sino que quizás Dinico no se casaría con ella... Nosotros tuvimos un gran acierto al contratar a Donog para que corriera con nuestro caballo... Este sí que es seguro que gane.

En aquel momento un hombre menudo, recio de espaldas y de rostro franco entró en el salón.

—¿Esteban Donog? — preguntó Valentín.

—Servidor de usted—dijo éste adelantándose y saludando.

—Estoy encantado de tener el honor de conocerle.

—Gracias, señor.

Valentín le presentó a su esposa:

—Josefina... Esteban Donog; mi esposa, la señora Mac Tarlan.

—Mucho gusto, señora.

—¿Cómo está usted?—preguntó la señora Mac Tarlan tendiéndole la mano, pero al notar que no en-contraba, a la altura natural, la mano de aquel a quien le presentaban, se la puso sobre el hombro y murmuró: —¡Oh, es más bajito que yo!... ¿Verdad, Valentín?

—Sí, querida, mucho más, mucho más—rió Valentín, coreado por el propio Donog que era el primero en burlarse de su escasa estatura.

—Bien, señor Donog, como imagino que viene usted a tratar de las carreras y es una conversación que interesa más a mi marido que a mí, yo me retiro. Con su permiso, Donog.

—¡No faltaba más, señora! ¡A los pies de usted!

—Kerry le atenderá. Yo voy a acompañar a mi esposa—añadió Valentín, que siempre iba en pos de aquella que era, realmente, la mitad de su propio ser, la mitad de su alma y a la que, desde que se le había apagado la luz en sus ojos, se sentía más íntimamente unido.

—Estoy muy contento, Donog, al saber que va usted a correr en las carreras: es la mejor garantía del

éxito—le dijo Kerry, cuando se quedaron solos.

—Es usted muy amable, pero no todo el mérito está de mi parte: para mí es un placer y un orgullo montar un caballo de pura sangre irlandés, entrenado por usted; creo que en eso reside la verdadera garantía del éxito.

—Bien, Donog, le agradezco su fineza... Pero tengo que pedirle un favor, mejor dicho, le voy a dar una orden: tiene usted que ganar la carrera, no con mi caballo, sino con "Wings".

—¿"Wings"?—preguntó el diminuto Donog.

—¿"Wings"? — preguntó, a su vez, Valentín.

—Sí. De los dos caballos "Wings" es el mejor, y usted es el mejor jockey del mundo, Donog. Por esta razón es preciso que usted monte a "Wings" el día de la prueba.

—Pero... ¿quién correrá su caballo, Kerry?

—En el último instante he tenido que variar... Mi propio jockey será quien monte mi caballo... Así podrá lucirse... También él puede ganar la carrera, si se lo propone...

—murmuró Kerry que no quería confesar la verdadera razón que le impulsaba a aquella decisión que a todos extrañaba.

E S O Q U E L L A M A N A M O R

Valentín se encogió de hombros, fingiendo no comprender, pero en su fuero interno se alegró de aquella decisión: su vieja amiga estaba salvada y María podría, al fin, realizar el sueño de su abuela, casándose con Dinico.

* * *

El Derby de Londres es la mayor prueba hípica del mundo entero y en ella se concentra la atención, no sólo de Inglaterra, sino de todos los países del orbe, congregándose en el hipódromo la más heterogénea y abigarrada multitud, ávida de presenciar la prueba y de ganar o perder en ella miles y miles de libras en las apuestas que se juegan por el caballo favorito.

Los alrededores del hipódromo estaban atestados de vehículos de todas clases y calibres, la multitud se hacinaba en las puertas y penetraba en el recinto de las carreras colocándose en el lugar que les correspondía, preparándose con los prismáticos para poder seguir sin

perder detalle, todo el curso de la carrera.

En la tribuna de la prensa, el locutor de radio iba dando las noticias:

"Señores, una vez más nos encontramos este año en Epson, para presenciar el Derby, la mayor carrera del mundo, el acontecimiento más espectacular del deporte. Sobre la cinta verde de este maravilloso hipódromo, están reunidas todas las clases sociales: desde la más rancia aristocracia al más humilde cargador del puerto. Más de un millón de personas están aquí esta tarde. Muchas de ellas sin tener siquiera la esperanza de ver la carrera, pero orgullosas todas de haber venido a presenciarla. Veo también en la tribuna del Jockey Club los nombres que aparecerán mañana en los "Ecos de Sociedad" de los periódicos, es decir, las más elegantes damas de la nobleza y del Imperio y los hombres más destacados en la política, la industria y la literatura... Hace un tiempo espléndido y espero que la carrera será emocionante. Cambio de micrófono para describir a ustedes el ambiente... ¡Oh, maravilloso!... Detrás del hipódromo hay un campamento de gitanos, un magnífico campamento con todo su tipismo y

su sabor exótico. No hay Derby completo sin estas caravanas, pero el campamento de este año es de los más ricos que han acudido aquí. Vemos las caras morenas, de dientes blanquísimos y grandes ojos negros de los gitanos. Ellas visten alegres y pintorescos trajes y dicen a todo el mundo la buenaventura, augurando las probables ganancias o pérdidas a los jugadores que les van a consultar su suerte..."

Efectivamente, el campamento gitano estaba allí: era el campamento de María, de la anciana reina que había querido venir a presenciar la gran prueba en la que tomaba parte "Wings". Pero la vieja jefe de la tribu estaba grave, muy grave, y cuantos la rodeaban temían por su vida.

Su nieta estaba arrodillada junto a la abuela, reconfortándola con sus palabras y con su presencia y, aunque la chiquilla tenía inundada de tristeza el alma, procuraba ocultarlo para que la abuela hallara en ella un apoyo y un consuelo.

—Tenemos que ganar la carrera, María, para obtener tu dote...—decía la anciana, trabajosamente.

—No pienses más en ello, abuela... Descansa...

—Tú sabes, hija mía, que existe en el Derby una regla que exige

que el dueño del caballo que corre ha de estar con vida... si no éste queda descalificado...

La anciana entornó los ojos y pareció que se quedaba dormida. María salió un momento de la tienda y se encontró con Kerry:

—¡Hola, María!... Buenas tardes, Duque—añadió, dirigiéndose a Dinico que estaba junto a su novia—. Venía a invitarles a nuestra tribuna... Mis tíos están allí y desean que vayan ustedes a acompañarles...

—¡Oh, no puedo dejar sola a la abuela!...

—¿Puedo verla? ¿Está muy grave? ¿Me permite entrar?—preguntó Kerry ansiosamente.

—Sí... pase...

Entró y corrió al lado de la enferma.

—Pero... ¿esto qué es?... ¡Me prometió usted que asistiría a las carreras!—le dijo en tono alegre, queriendo animarla y sacarla de su letargo.

—Es usted muy bueno, Kerry... pero yo... no puedo... Si no gano el Derby, mi único afán es que lo gane usted, Kerry...—dijo la anciana, haciendo un esfuerzo para pronunciar aquellas palabras.

—Yo le prometo que ganará su caballo, María—afirmó Kerry.

—Es preciso que yo vea esa ca-

rrera... Acaso sea ya la última que pueda ver...

—Es usted una mujer valiente y no puede abandonarse a un decaimiento pasajero.

—Tiene razón, Kerry... Súbame a la terraza del carro... Allí estaré tendida, como aquí... pero dominaré todo el hipódromo y veré la carrera...

—¿No le perjudicará el aire?

—Siempre he vivido al aire libre, Kerry... Y si muero, prefiero morir bajo la caricia del sol...

—Tiene usted razón... Vamos.

Kerry la tomó en sus brazos y la subió a la terraza donde la instalaron como mejor pudieron, a fin de que pudiera presenciar toda la carrera sin gran fatiga.

En el hipódromo crecían la nerviosidad y la impaciencia y la voz del locutor se oía en todos los rincones de aquel inmenso mundo.

—Se acerca el momento de empezar la gran carrera... La gente se apresura por conseguir los mejores puestos que les permitirá ver el desfile de los pura sangre... En las apuestas va en cabeza "Nocturno", con seis a cuatro. "Bahía del Destino", un magnífico pura sangre cuyo propietario es Kerry Quinfilan, con diez a uno; y el número tres, "Wings", montado por Donog,

ha subido a veinte... ¡Causa sensación la subida de "Wings" en las últimas horas..."

Valentín estaba instalado en su palco al lado de su esposa y le iba explicando cuanto veía:

—Tanto "Bahía del Destino" como "Wings" están en perfecta forma.

—¡Magnífico!... ¡Debe de ser emocionante!

Valentín se volvió a Kerry que llegaba en aquel momento y le preguntó:

—¿Cómo sigue la enferma?

—Sólo regular... Pero se ha apagado el rumor de su gravedad y las apuestas en favor de "Wings" van subiendo...

El locutor seguía hablando a través del micrófono:

—¿Existe un momento más emocionante que éste? Ya se preparan los jugadores para el desfile. Todos ellos están en brillantes condiciones. La multitud, anhelante y nerviosa, ve a los caballos colocarse en sus puestos... Existe una antigua regla en el Derby que exige que el propietario del caballo que va a correr esté con vida mientras dure la carrera. De lo contrario, queda descalificado. Con este motivo la expectación de la multitud crece... Se dice que la propietaria de "Wings"

está gravemente enferma... ¿Vivirá hasta ver el final de la carrera?... Ha llegado la hora de empezar. Los caballos van a salir disparados..."

—"Wings" está un poco nervioso—comentó Kerry, que desde su palco miraba con ansiedad a los caballos que le interesaban.

—Sí, ya lo veo—afirmó Valentín, que tampoco apartaba los ojos de "Wings".

—Está dando mucha guerra a Esteban. No para un momento. En cambio, "Bahía del Destino" está tranquilo. Nunca se altera... ¡Ya van a sus puestos!... Anda, "Wings", con calma, con calma...—gritaba Kerry, como si el caballo pudiera oírle y entenderle.

—¡Ya salen!—dijo la multitud en un grito que salió de mil bocas a un mismo tiempo.

El locutor seguía refiriendo todos los incidentes:

"Han hecho todos perfecta salida... excepto "Wings", que ha quedado retrasado de un largo o largo y medio... "Nocturno" va en cabeza... "Bahía" va el segundo... Donog adelanta un poco... Va a colocarse en su lugar favorito... "Nocturno" sigue el primero... "Bahía" sigue el segundo... Ahora pasan ante las tribunas... Donog sigue adelantando..."

—¡Mi caballo alcanza a "Noctur-

no"!—exclamó Kerry con entusiasmo, siguiendo apasionadamente la carrera.

"Todo sigue igual — continuaba diciendo el locutor—. Donog está en posición peligrosa, temo por él. Sin embargo parece que se rehace y va a su puesto favorito de nuevo... Ha conseguido destacarse del pelotón... "Nocturno" sigue a la cabeza."

—¡Vamos, vamos, "Wings", ánimo!—gritaba Kerry desde su tribuna.

Por radio se seguían lanzando las incidencias de la carrera:

"Bahía del Destino" se acerca... Aun no alcanza a "Nocturno"... Donog vuelve a ocupar un lugar peligroso... "Bahía" sigue cada vez más de cerca a "Nocturno"... Parece que "Nocturno" le va a ceder el paso... "Wings" comienza a cobrarse... Adelanta otro poco... En este momento van todos a una, sin embargo "Bahía" se despega... Donog hace adelantar a "Wings"... ¡Empieza a colocarse!... "Bahía" va en cabeza... "Wings" va a su alcance. ¡Qué carrera, señores! ¡La más emocionante que he conocido! ¡"Wings" pasa a "Bahía"!... ¡"Wings" va a la cabeza!... ¡"Wings" el primero!... ¡"Wings" gana el premio!"

—¡“Wings”!... ¡“Wings”!... —
aplaudía Valentín, entusiasmado.

—¡“Wings”! —gritó Kerry, dichoso.

—Te felicito, Kerry—le dijo su tío—. ¡Qué bien tenías entrenado a ese caballo!

—¡Qué suerte para María!... ¿verdad, tía Josefina? —murmuró Kerry, sintiendo que una gran tristeza invadía su alma.

—Verdad, hijo mío...

“Esteban Donog lleva a su caballo entre la admiración del público. Desgraciadamente, la enfermedad de la propietaria de “Wings” la priva del placer de llevar en triunfo a su caballo con la cinta azul...”

—Está bien... —susurró Kerry, estrechando la mano de su tío, que le miraba admirado—. Mi caballo ha perdido... pero yo he ganado... ¡Qué se le va a hacer! Voy a ver a los muchachos...

—¿Qué ha dicho Kerry, Valentín?—preguntó Josefina—. No he entendido ni media palabra.

—Quiere decir que ganó “Wings”, que estaba entrenado por él... pero que ha perdido a María, que está destinada a otro... ¿Comprendes?

—¡Qué lástima!... María y Kerry hubieran hecho un matrimonio feliz...

El locutor no cesaba de hablar:

“Los números de los ganadores aparecen ahora en la pizarra... Pero esperen un momento, señores... ¡Un momento!... Colocan ahora la bandera que señala un impedimento... ¡El resultado no es todavía definitivo!”

Valentín palideció y dijo a su esposa:

—Esa bandera anula todo...

—¿Cómo? —inquirió ella, sin comprender lo que su esposo le decía.

—Sí... porque “Wings” queda descalificado... Su propietaria debe de haber muerto...

—¡Oh!...

—Eso es malo para María...

—Pero así... ¿puede todavía ganar Kerry con su “Bahía del Destino”.

—Sí, claro, puede ganar...

—Y... ¿descalificado “Wings”... qué pasará con María y con Dinico?—inquirió Josefina, preocupada.

—No sé... Esto es lo que yo me pregunto, Josefina, y créeme, no quisiera acertar en la contestación que, sin querer, me doy a mí mismo.

—¿Tú crees que Dinico no quiera a María?

—Yo creo... No sé, Josefina, no sé... Las cuestiones del corazón son muy difíciles de juzgar.

A través del micrófono el locutor hablaba:

“Ha sido un fracaso perder la carrera, pero más fracaso ha sido todavía el perder sesenta mil libras... ¡Sesenta mil libras que ya parecían estar seguras!...”

Aquellas palabras las estaban escuchando María y Dinico que oían la radio a la cabecera del lecho de la enferma.

Dinico miró a María con una mirada sin expresión y le dijo fríamente:

—María... no podremos casarnos... Ya lo has oído...

—¿Por qué no hemos de poder casarnos? ¿Qué tiene que ver que “Wings” gane o deje de ganar la carrera? ¿Acaso no nos queremos?

—Yo te quiero, María... pero no puedo casarme contigo... Ya sabes que lo he perdido todo en Suvalia... Tengo mi familia y he de trabajar por ella, por mi madre... Es mi obligación... Es un deber que tengo que cumplir...

María bajó la cabeza un momento, luego alzó sus ojos chispeantes hasta Dinico y le ordenó imperiosa y resueltamente:

—Está bien... ¡Márchate!... ¡Márchate!...

Y, mientras Dinico se alejaba,

ella hundió el rostro entre sus manos y pensó muy dolorosamente:

—¿Y era eso lo que llamaban amor?

La voz del locutor que se dejaba oír a través del aparato de radio la sacó de su abstracción:

“Centenares, miles de personas esperan aún conocer el resultado de la carrera... Todas las ganancias están pendientes de si la propietaria de “Wings” está con vida en este momento, o si ya ha fallecido...”

María se levantó precipitadamente y llamó a Angelo:

—¡Angelo, pronto, pronto!... Reúne a todos los gitanos... ¡Es preciso que todo el mundo vea que la abuela vive todavía... ¡“Wings” ha de ganar ahora! ¡Ha de ganar por encima de todo!...

Sé cumplieron las órdenes que daba la muchacha y todo el campamento se puso en movimiento.

“¡Pero qué veo! — exclamó, de pronto, el locutor, despertando la atención y la curiosidad de la multitud—. Algo extraordinario sucede en el campo. ¡Es una cosa maravillosa y sorprendente! ¡Algo que nunca se había visto hasta ahora!... Una procesión de gitanos que ha invadido el hipódromo... Es como un desfile, y en lo alto de uno de los carros, la propietaria de “Wings”,

saluda al público... ¡Es el espectáculo más fantástico que se ha visto en el Derby!... Evidentemente, la propietaria de "Wings" vive. El desfile gitano pasa ahora ante la tribuna del Jockey Club. ¡Pronto sabremos la decisión del jurado!... ¡Viva!... ¡Ya cambian la bandera!... ¡Ha ganado "Wings"!... ¡El premio se ha salvado!... ¡Ha sido un triunfo para los gitanos!

En el palco de Valentín, Kerry, que había seguido con creciente ansiedad el desarrollo de aquellas últimas escenas, dijo a su tío:

—Esta vez he perdido yo, tío Valentín... En cambio, Dinico gana el doble... Yo me voy... te mandaré el coche en seguida.

—Kerry, estás contrariado, y lo comprendo... Pero no te preocupes, tú verás cómo te distraeremos...

—Imposible, tío... Después de todo lo que ha pasado... prefiero regresar al Canadá... Pienso marcharme dentro de esta misma semana.

—¡Pero criatura!... Primero tienes que volver a Irlanda... Te esperan tus negocios... Además, no puedes dejar a Josefina... Tú sabes el cariño que te tiene y cuánto necesita de verse rodeada de ternura...

—Lo sé, tío... Pero es mejor que vosotros os vengáis conmigo al Canadá a pasar una larga temporada...

Os gustará el viaje... Adiós, tío Valentín... Adiós, tía Josefina...

Salió del palco y Josefina dijo a su marido:

—¿Por qué se va tan triste Kerry? ¿No es extraño que en un día como hoy tenga Kerry una pena tan grande?

—Eso le pasará, querida... No es más que una contrariedad.

María llegaba en aquel momento y, antes de saludarles, antes de comentar los acontecimientos de aquellas últimas horas, preguntó, mirando a todas partes:

—¿Y Kerry? ¿Dónde está Kerry?

—Han sido demasiadas emociones en un momento, María... Kerry se ha marchado.

—¿Dónde?

—No sé...

—¿No se habrá marchado al Canadá, verdad?

—No... Creo que primero va a Irlanda... Pero su intención es volver al Canadá esta misma semana—dijo Valentín, mirando con simpatía a la muchacha, como si leyera en su corazón con más claridad que dentro de sus propios pensamientos.

—¡Ah, si está en Irlanda, todavía puedo encontrarle!—suspiró María.

* * *

Kerry salió temprano del castillo. Iba con "Kafi" y se encaminaron a la orilla del río para tomar un baño, uno de aquellos que a Kerry le sentaban tan bien antes del desayuno y que él estimaba era el ejercicio más higiénico que podía hacerse.

Marchaba sin prisa, retardándose en el sendero del bosque, perdido su pensamiento en lejanas divagaciones, en recuerdos de otros días bellos que había recorrido aquellos mismos parajes en compañía de María.

"Kafi" brincaba a su alrededor, pero parecía inquieto, como si buscara algo, como si llamara su atención algún rastro desconocido que se empeñara en seguir.

—"Kafi"... ¿qué buscas?—le preguntó Kerry, mirándole con simpatía—. De fijo que echas de menos a tu novia... Sin embargo, vas a tener que acostumbrarte a vivir sin ella... Dentro de unos días, tú y yo nos iremos de nuevo al Canadá...

"Kafi" seguía rastreando y, escondida entre unas peñas, descubrió a María, pero ésta lo acarició y le dijo muy quedo:

—Silencio, "Kafi"... silencio...

Kerry dejó el albornoz en la orilla y se lanzó al agua de un salto maestro, nadando bajo el agua algunos minutos. Cuando salió a la superficie notó que algo tiraba de él, obligándole a zambullirse de nuevo y, cuando tras un esfuerzo pudo deshacerse de aquello que con tanta fuerza le había arrastrado, se encontró frente a María que nadaba a su lado.

—¡Hola, Kerry!...—le dijo ella, con naturalidad, como si no hubiera habido entre ellos dos ninguna diferencia.

—¡Duque!... ¡Qué buena idea!—exclamó Kerry, maravillado.

—Esta es mi sorpresa...

—¿Sorpresa?

ESO QUE LLAMAN AMOR

—Sí... ¿No te gusta?

—Me encanta volver a verte... pero... no entiendo...

—Es que quiero casarme contigo, Kerry, porque tú sí eres para mí eso que llaman amor...

Y nadaron los dos hacia la orilla donde "Kafi" les esperaba moviendo la cola alegremente, como si también él participara de la dicha inefable que se reflejaba en el rostro de sus amos.

FIN

GRAN EXITO DE

Emociones cinematográficas de un figurante

(La vida de los "extras" en los estudios)

Apuntes del natural

por

RAMIRO MARQUÉS

Interesantes ilustraciones

¡Lo más ameno en este género!

De venta en todos los quioscos y librerías

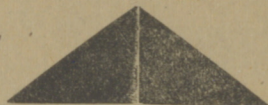
Precio: 3 pesetas

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

BARCELONA

En breve:



Ráfagas de humor

por

Fidelio Trimalción

cuya lectura le proporcionará
verdadero deleite.

Retenga este título:

Ráfagas de humor



Ediciones Bistagne

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
los mejores asuntos
cinematográficos

EDICIONES BISTAGNE

